

Andanza sevillana

— Juan José Cuadros —

Andanza sevillana

Juan José Cuadros

1ª Edición digital
Andanza sevillana

Editado en octubre de 2018

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado
<http://publicacionesoficiales.boe.es>

Edita

© de esta edición, Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG)

Autor

© Juan José Cuadros Pérez, 2018

Fotografía de Portada

Fototeca del CENEAM

J. M. Pérez de Ayala

Diseño y maquetación

Servicio de Edición y Trazado (IGN)

(Subdirección General de Geodesia y Cartografía)

NIPO: 162-18-015-3

DOI: 10.7419/162.02.2018

Lo traigo andado,
la Macarena y todo
lo traigo andado.

Popular.

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Donde se habla un poco de lo que sabe del río Guadalquivir....	13
Donde se cuentan las andanzas del andorrero en el pueblo y el campo de Alcalá del Río	17
Donde se cuentan algunas cosas de La Algaba y sus caminos...	35
Donde se habla una miaja de Sevilla.....	49
Donde se andan o se nadan las islas del Guadalquivir	85
Donde se pone punto final a esta andadura	101
Donde se remata esta andadura.....	113

PRÓLOGO

Alfredo Llanos Viña

Éramos muy jóvenes, casi niños, y ya habíamos vuelto de la Luna. Mucho antes que aquellos intrépidos astronautas a bordo de sus sofisticados artefactos que paralizaron al orbe con su logro. Y aún antes, incluso, ya nos habíamos adentrado por otros confines del mundo en los cuales nos vimos apresados por aquellos diminutos seres tan quisquillosos, fuimos perseguidos por una raza de gigantes descomunales y nos habíamos quedado varados en una isla por la que sólo aparecían alguna vez caníbales para rituales macabros.

Los libros fueron nuestro primer vehículo hacia lo ignoto. Ellos satisfacían nuestra curiosidad desde el día en que se despertó en nosotros un primer interés por viajar a lejanos y difusos lugares, por poder transportarnos al misterio de lo diferente, al anhelo de lo presentido.

Esa necesidad de indagar más allá de lo conocido nació con la humanidad cuando se sintió tan tempranamente impulsada a desplegarse por el mundo desde África en dirección a no importaba qué horizontes y, desde entonces, esa condición ha permanecido en nosotros. Y cuando hoy no nos es posible acceder directamente a destinos tentadores o queremos recopilar datos sobre ellos, buscamos disfrutar de los relatos de quienes ofrecen ese tipo de vivencias que están fuera de nuestro alcance y que, con poco esfuerzo, solemos situar en lo exótico sin cuidarnos mucho de pensar en su grado de fantasía.

De este modo, podemos participar en la aventura de viajar de la mano de un narrador al que convertimos en nuestro avatar, nuestro enviado de vanguardia para explorar lo que está más allá de los sentidos. Y no son pocos los viajeros que vuelven de sus periplos con el afán o la necesidad de compartir lo que durante un tiempo los llevó más allá de lo ordinario. Múltiples singladuras por todas las fronteras y para cada una de ellas múltiples expedicionarios a su vez, de cuya combinatoria resulta un succulento panorama de opciones a disposición de cada lector.

El avatar que recoge en esta obra su travesía, su andanza sevillana, ofrece por otra parte alguna singularidad que confiere agudeza a su percepción, y profundidad y hermosura a lo que expresa. Su viaje no había nacido con un fin narrativo: obedecía al concreto objetivo de elaborar una minuciosa representación del territorio por su condición de topógrafo en una época en la que cada detalle geográfico se obtenía mediante medidas *in situ*, que exigía, en las expediciones cartográficas, recorrer a pie cada palmo del terreno, por complejo o dificultoso que ello fuera.

Esta profesión del autor —que no tiene más que una insignificante presencia en el relato—, unida a su agudo y sensible poder de observación, hizo posible reunir un conocimiento prolijo de los lugares visitados y, si además añadimos una excelente facilidad como la suya para el manejo del verbo, resultará muy atractivo trasladarnos a conocer cómo se desarrolló aquel encuentro de Juan José Cuadros con las tierras sevillanas, a lo largo de las más de cien páginas en las que vierte su formidable y penetrante visión.

Presentados fugazmente estos datos del autor, empieza a consolidarse en nosotros la sospecha de que posiblemente no nos vamos a encontrar con una guía de viajes al uso, completa, correcta e informada, para emplearla como herramienta auxiliar con la que adentrarnos en distantes comarcas. En efecto, eso se va a hacer patente desde los primeros pasos por las tierras de Alcalá del Río, que en apenas dos páginas queda situada, recogidos sus ejes urbanos,

piropeados sus cultivos, y además descrito el bienestar contemplativo que invadió al visitante; para, sin demora, penetrar en el pueblo partiendo de su plaza y dándose un paseo delante de los comercios más significativos que va relacionando, entre los cuales las tabernas y tascas empiezan a cobrar el protagonismo que para el caminante sus apetitosos productos demandan.

Y ya, desde aquí, el relato se anima y empieza a poblar sus líneas con los personajes que obtuvieron cierta notoriedad en sus pueblos y villas. En esta tierra de toreros, éstos ocupan con frecuencia un lugar en el recuerdo colectivo de cada sitio en el que van a aparecer, con frecuencia en compañía de gramáticos o humanistas, sin que se desprecien poetas ni las fuerzas vivas integradas por alcaldes, maestros, farmacéuticos o veterinarios, a los que no les falta un adjetivo que profile su imagen y haga más sencillo que permanezca claro el recuerdo. A veces, el relato se hace más personal y se fija en mocitas y chavalas que merecen el piropo platónico mientras, en otras ocasiones, nos refiere encuentros anecdóticos en los que el humor se hace más patente, con personajes de presencia efímera como un altivo jinete, unos discretos contrabandistas o un hambriento devorador de meriendas, y llega a añadir al humor su fina ironía cuando tropieza con un historiador local o con un profesor de lenguas vivas.

De toda esta gente que puebla los campos y las ciudades por las que pasa, nos muestra un retazo de su existencia, individual o colectiva: amoríos, festejos, paseos, espectáculos; para lo cual suele detenerse más en posadas, casinos y tabernas que en castillos, torres y palacios más o menos ruinosos.

Sin pausas, se va a ir configurando la crónica de los acontecimientos de un tiempo y unos lugares que hoy nos parecen muy remotos, de unas tradiciones y unos sucesos que van cayendo en el olvido. Pronto nos vemos embarcados con Juan José Cuadros en un viaje a aquellos momentos que vivió por Sevilla, a los que incorpora intermitentemente hechos y anécdotas anteriores, acontecimientos trágicos que conmovieron a los antepasados de aquellos a los que

trató, remontándose en la historia hasta tiempos de almorávides, e incluso de la Roma imperial. Lo hace consciente de que en su texto «anda mezclando tiempos y estaciones» que se corresponden con las distintas visitas que efectuó, incluidas referencias a su servicio militar por aquellas tierras.

Los paisajes y personajes del mundo urbano y rural se van sucediendo entretejidos al ritmo vivo del deambular propio de sus ocupaciones. Con ellos construye escenarios a los que va incorporando cuanto animal se tropieza por los campos, que son muchos, tan grandes como el toro bravo o tan agresivos como los temibles mosquitos, y, entre esas dos escalas, todo cuanto se puede mover en un inventario de fauna que venga bien repleto e incorpore también aquellos que vuelan, sin omitir los de hábitos nocturnos.

La vegetación de aquella tierra, tan propia de cálidas latitudes, podría suscitar la envidia de un tratado agrícola por su diversidad y la generosidad de sus frutos, y toda ella queda también reflejada en su descripción, una vez más muy atenta y minuciosa.

Por ese universo que percibe, abigarrado y variopinto, repleto de seres y de historias que se entremezclan y entrecortan sobre un trasfondo lírico, nos va llevando Juan José Cuadros, pueblo a pueblo, en la amena compañía de su lenguaje, describiendo lo que vibra y se mueve tras cada recodo con pinceladas de verbo vibrante y luminosos calificativos de sabor impresionista que hacen más directo y emotivo el mensaje para unirnos a ese íntimo palpitar de su vida de andorrero, término que eligió para autodenominarse en la misma época en la que la Real Academia de la Lengua lo incorporaba a su diccionario.

El ritmo narrativo es muy ágil entre sus observaciones dispares: todo queda escudriñado por esa capacidad infatigable de observación que llega por momentos a avivarse hasta parecer vertiginosa, no muy propia de andorrreros que suponíamos más pausados de marcha y también menos inquietos por saltar del presente al pasado

para abarcar todo el horizonte del territorio con la profundidad que le ha dado el tiempo.

Los blancos pueblos se van viendo hilvanados por un río Guadalquivir que emerge periódicamente en la narración y parece querer vertebrarla desde su brioso nacer serrano hasta su encuentro, pausado y sereno, con pantanos y marismas. En una de sus apariciones el río se va a convertir, para el andorrero y la cuadrilla que lo acompaña en el tajo, en vía para desplazarse de día en un veterano remolcador que usarán también como albergue para pernoctar, circunstancia que aprovechará de inmediato el singular pasajero para apropiarse de inmediato de toda la terminología marinera que le rodea.

A partir de este momento la marcha se hace fluvial y el viajero, curioso e inquieto, pasa a moverse entre muelles y ambientes portuarios que le aportan una nueva fuente de aventuras y anécdotas; todo lo entreteje en un continuo ir y venir del bosque a la plaza, de la plaza a la taberna, desde allí al remolcador y de éste al próximo picachillo. Así se vive en su prosa, como se degustaba en sus tertulias llenas de amenidad y de sorpresas de tema y léxico en las que uno no sabía si lo que deslizaba en cada momento eran fábulas, ingenios o eran sólo rípios que intercalaba para invitar al comentario.

Cuando se presiente el final de la campaña y con él este libro de andanzas y comienzan a apagarse los ecos de coplas, pasodobles, boleros y fandangos que han ido apareciendo para crear un fondo melódico, nos va cercando una prematura nostalgia que va más allá de aquella que siempre se presenta cuando llegamos a los epílogos de los episodios que hemos podido disfrutar porque, transcurridas varias décadas desde aquellos momentos, nos preocupa la pérdida de un mundo que sentimos se desvanece un poco más cada día que transcurre, el que aún podemos evocar en la lectura de esta andanza a la que el tiempo va añadiendo un valioso carácter documental a su testimonio.

Aunque algunos libros de viaje puedan llegar a despertar deseos de conocer los lugares y las gentes que describen mientras otros nos ilustran con una descripción que nos satisface y nos distrae, es posible que en este periplo las emociones del andorrero se hayan adueñado de la descripción, haciendo brotar del diccionario palabras cuya sonoridad y alcance dejen al lector atrapado entre las líneas de la narración y a gran distancia de la geografía andaluza por la que había estado y que percibió con su prisma lleno de original sensibilidad, de manera que nunca encontraba nada falto de encanto o riqueza porque, como nos dejó dicho: «a los paisajes (...) lo que más bonitos los pone es la fantasía que al asunto le dedique el espectador».

Juan José Cuadros no nos ha dejado un libro de viajes tradicional, su legado es más bien una guía espiritual que Andalucía le inspiró durante el desarrollo de su misión como topógrafo del Instituto Geográfico Nacional, guía en la que habita toda la música y la sensibilidad de un admirado poeta al que vamos a pedir que se despidan con unos versos suyos.

Y manejé palabras
claras y oscuras,
dichas o calladas,
pero siempre con ganas de decirlas,
aunque las supe inútiles,
como estas que hoy escribo
pidiéndooos un recuerdo
para el hombre que soy
y sólo —y ya es bastante— por ser hombre
de paz.

Vuelta al sur (1977)

DONDE SE HABLA UN POCO DE LO QUE SABE DEL RÍO GUADALQUIVIR

Decir que el río Guadalquivir es un río con vocación jienense no es dar una opinión ni, Dios nos libre, un juicio de valor. Decir que el río Guadalquivir es un río con vocación jienense no es más que hacer constar un hecho fácil de comprobar por cualquiera que, sin ser un lerdo, se recorra su curso jaenero o para quienes "sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca ni padecer calor ni frío, hambre ni sed", según le dijo don Quijote a su sobrina.

El río Guadalquivir es jaenero porque nace en la provincia de Jaén, entre las sierras de Cazorla y Pozo-Alcón. De Pozo-Alcón no se cuenta nada porque uno nunca subió hasta allí. De Cazorla se debe decir que es pueblo cumplido, con castillo moro, buen comercio y una manzanilla serrana que es de lo mejor que entra en barriga cuando se trata de contrarrestar los maléficos defectos de un trasnoche desbarajustado.

Cuando el Guadalquivir aprende a andar, lo hace cuesta abajo, cantando como un monago en día de repique y siguiendo los rumbos del nordeste hasta que al llegar debajico de Hornos, su vocación jaenera le hace advertir de que, de seguir conforme va, se saldrá de sus territorios natales en menos de lo que canta un gallo y, entonces, dobla en codo y sigue sus andares por los caminos del sol. Hornos, al que también se le dice Hornos de Segura, es pueblo chico, con

castillo en ruinas y vistas alegradoras. En Hornos, por poco que se lo proponga, uno se puede embodegar dos platos hondos de ajo de matanza de los que nunca se van de la memoria.

El río, por esos andadores jienenses, no es río pueblero, sino campesino que se lo pasa mejor entre olivos y pinares que entre puentes y edificaciones. Se sospecha que esto es así por culpa de los ingenieros y capataces que, en el muy famoso Tranco de Beas, intentaron retenerlo entre los hormigones de la represa del pantano. Pero esos sustos o esos malos humores del agua, se le pasan enseguida y ya, en lo bajo del Calvario, no en el de la ermita donde San Juan de la Cruz escribiera su Cántico Espiritual sino en el otro, el río rompe a cantar entre los pilares del puente de la Gorda y en las junqueras del vado de la Fuensanta, sin querer saber nada de los blancos de Villanueva del Arzobispo ni de los álamos altivos del alfoz de Villacarrillo y sí de los hortales abundosos de Mogón y de Santo Tomé.

Mogón, antes que puente, tuvo barca, en la que cruzaban el río los recoveros, los cosarios y quienes iban a que la Santa de Mogón, entre iluminada y cuentista, les diera noticias de sus vivos y sus muertos. Cuando esto ocurría, allá, por los años cuarenta, había quienes protestaban de aquellas notificaciones, por creerlas engañosas, otros decían que bueno, que mejor era vivir engañado que perder las esperanzas.

Se olvida el Guadalquivir del espinazo de la Loma, donde se asientan, aparte de los ya mentados, los pueblos de Iznatoraf alto y moruno, Sabiote con su castillo, Torreperogil con su olor a anises destilados, Úbeda con sus cien palacios, Baeza con sus cien torres y Jabalquinto a la par. El río que, ahora, sabe lo que se pierde, se demora en lentos meandros para no alejarse tan pronto de la sombra lírica de las derribadas murallas de Baeza.

Porque Baeza es un primor; Baeza está tallada en un grano de trigo candeal; Baeza fué cuna de letrados capitanes y refugio de don Amor cuando el golfante tuvo que salir por pies de la diócesis tole-

dana, cuando se armó la que se armó en tiempos del Arcipreste de Hita. Pero de Baeza, lo mejor es no ponerse a hablar porque, si te pones, no lo dejas en un mes.

Campos y caminos, tierras de labor y olivos padres se acogen en la hermosura del valle y el río, engordado con las aguas del Guadalimar, se hace varón en el puente del Obispo. Los pueblos, desde lejos, para verle pasar, se nombran torres –Torreperogil, Torredonjimeno, Torres, Torre del Campo, Torrequebradilla, Torreblasco Pedro– cuando el río, cada vez más hombre, recibe las campanadas del Guadalbullón y los gorjeos del Guadiel, busca los barros vidriados en Andújar y, aprovechándose de la loma de la Marquesa, trata de dar la vuelta, de desandar lo andado, para no irse nunca de su provincia natal a la que volverá más tarde, vega arriba, hecho nube que se hará lluvia sobre la sierra cazorleña y volverse manantial, para empezar de nuevo.

El río se mete en Córdoba junto a los enjalbegados tapias de Montoro, para después entrar en Sevilla, a la orillica de Peñaflor. De punta a punta, de entre pueblo y pueblo, uno no sabe nada; de Córdoba, la capital, tampoco pues sólo estuvo en ella aquellas horas de una madrugada de junio, entre tren y tren y compartiendo un vino infame con dos artilleros que también iban de permiso.

Tampoco se sabe nada de Marchena, Carmona, La Campana y Écija, como no sea lo que se cuenta de los siete barbians del último nombrado y lo de aquel su arcediano Ferrán Martínez que tan a mal traer se trajo con moros y judíos.

El andorrero lo que si se pateó a gusto fueron las veinte leguas largas que corren entre Alcalá del Río y Sanlúcar de Barrameda. Y eso es lo que ahora se va a contar.

DONDE SE CUENTAN LAS ANDANZAS DEL ANDORRERO EN EL PUEBLO Y EL CAMPO DE ALCALÁ DEL RÍO

Cuando el andorrero estuvo en la anchurosa provincia de Sevilla, asomó la gaita por Alcalá del Río, pueblo ilustre por más de mil razones y al que los romanos bautizaron con el nombre de Ilipa Magna. Los romanos, ya se sabe, eran unos fulanos que, cuando se liaban a poner nombres, se quedaban solos derrochando retórica, magnificencia y buenos modales, también, fanfarrias y latines. Como muestra de este nombrar, ahí quedan Emérita Augusta, Iliturgis, Julióbriga y Legio Septima Severa que no le dejarán a uno por embustero.

Se ve que a los visigodos, que vinieron después, no se les daba tan bien el asunto de bautizar pueblos y ciudades y no sólo no se esmeraron en ello, sino que dejaron los nombres tal y como estaban, aunque estropeándolos un poco, hasta que los moros asomaron por aquí. Los moros, menos dados al latín y parecidas asignaturas, cambiaron los nombres y a Ilipa Magna la llamaron Alcalá del Río. Cuando los cristianos asomaron por estas tierras dejaron las cosas tal y cual las encontraron sin pararse a pensar que aquel nombre podría ofrecer, como ofrece, dudas y confusiones con su tocayo Alcalá de Guadaira que se encuentra a unas pocas leguas más al sur.

Hay quien a Alcalá de Guadaira, en vez de Alcalá de Guadaira le dice Alcalá de los Panaderos ya que este artesanal y alimenticio remoquete se lo ganó a pulso este pueblo a fuerza de andar, año tras año, suministrando el pan a la capital de la provincia. El pan

de Alcalá de Guadaira tenía una miga blanquísima y apretada y una corteza arrebatada y rubia que se metía por los ojos. Alcalá de Guadaira fue un pueblo muy favorecido por los viajeros románticos quienes, con más o menos arte, dibujaron sus torres y perspectivas; las iglesias de San Pedro y de Nuestra Señora del Águila, así como el castillo mudéjar que corona el cerro, fueron las cosas que más pintarrajearon los susodichos viajeros. Alcalá de Guadaira tiene tren, aceitunas gordales que le van bien al poco vino que allí se cosecha, hornos de cal y abundante ganadería. Tres o cuatro carreteras atraviesan el pueblo de limpias y blancas calles, pilla cerca de Dos Hermanas y está a un paso de Mairena del Alcor donde, según se ha oído contar, hubo un cura que hablaba con los extraterrestres, cosa que ahora no viene al caso porque si nos ponemos a hablar de castillos desmoronados y almohades, panaderos de buen oficio, pintores del ochocientos, trenes de mercancías y platillos volantes, estaríamos aquí hasta pasado mañana.

Si el andorrero se movió tanto como se tuvo que mover por los territorios de Alcalá del Río fue por esas cosas que pasan en la vida. La vida –y esto es algo que siempre se dijo– da más vueltas que una noria y, en una de ellas y por seguir con la metáfora, el arcaduz que llevaba al andorrero le dejó en lo alto del Pitracó que es como los alcalaínos llaman a ese avoladero que se asoma sobre el Guadalquivir, justo en el filo de la plaza de piso terral donde la gente del pueblo se pasea, discute de fútbol, monta las talanqueras cuando para las fiestas de la Virgen se dan las corridas de toros y acostumbra, cada mañana de Dios, a arrojar las basuras al hondón del río para que las aguas se las lleven a donde les dé la gana.

Desde lo alto del Pitracó –y aquí se debe explicar que esta palabra, en lenguaje alcalaíno, viene a significar algo así como desperdicio o despojo del animal vacuno sacrificado–, se ve muy bien cómo el río se fuga de su presa alta y blanca de hormigones y cómo, en su fuga, el agua sigue su curso entre huertos, olivares y tierras de pan llevar. También se ve, si se mira para el otro lado, la grímpola de la

torre de la iglesia parroquial y, mucho más lejos, los cerros azuleantes de la sierra Morena.

El casar de Alcalá del Río está situado sobre la orilla derecha del río Guadalquivir, un río que se parece muy poco al que el andorrero conoció y viese nacer en el Corral de las Yeguas –otros autores dicen que en la fuente de las Aguas Frías–, entre las sierras de Cazorla y Pozo Alcón, allí, donde el río Guadalquivir no es más que un cuevanillo de agua clara entre el viento mecedor de aulagas y pinos negrales. El río Guadalquivir y el andorrero son viejos y buenos amigos que más de cuatro veces se vieron y cruzaron sus rumbos en los puentes de la Gorda o del Obispo, en el pantano de El Tranco de Beas, en la frescura de las jarras de Andújar o bajo la sombra lírica de los murallones derribados de la ciudad de Baeza. Ahora, cuando el andorrero se vuelve a encontrar con el Río Grande en el Aljarfe de campiña dorada, le da las memorias que para él le dieron los olivares de los cerros de Úbeda, los hortales de Santo Tomé y los pájaros de la sierra de las Cuatro Villas.

A la otra banda, frente por frente al pueblo, el campo se pone hermoso como la mirada en dulzores de una madre en ciernes. Los huertos están cuidados con tanto primor, el arbolado es tan copudo, tan mullida la santa tierra, las acequias tan cantarinas, tan vívidos los frutos, tan coquetuelas las florecicas sin amo y tan susurrante el trigo que ya se encaña que el andorrero deja que sus ojos pastoreen sobre tantas promesas y verduras. La luz que se atardece dora el polvo y pone blanca la cinta de la carretera que se acerca a Sevilla; unas nubes se adornan y agradecen un cielo tan airosamente azul; cuatro o seis cortijillos enjalbegados se esparcen por el campo y compiten en blancuras con la ropa que se oreá sobre la hierba.

Cualquiera se estaría toda la santa tarde sentado en el altozano de la plaza alcalareña, pensando en las musarañas, dejándose empaquetar por ese agradecimiento que mana del corazón cuando el cuerpo no se siente ni el ánimo se apesadumbra. Puede que esto, se dice el andorrero, sea la felicidad, el pajarillo tornasolado del bienestar.

Unas niñas, vestidas de colores claros cantan la viejísima tonadilla de la viudita que se quiere casar con el conde de Cabra.

El andorrero, al rato de darle al río los recuerdos que se han dicho, fuma, con la conciencia tranquila y sacudiéndose las chuscas, un cigarrillo de cuarterón, apunta algo en un papelajo que se sacó de la bochaca, oye tocar a la novena que se celebre y, cuando le parece, se decide a dejar la plaza y salir andando, mirón y despacioso, por la calle principal de la pobladura.

La calle principal de Alcalá del Río que se llama –y no hace falta decir por qué– calle de Ilipa Magna, presenta mejor aspecto que el que cualquiera imaginare y, entre las casas que ocupan entrambas aceras, se encuentra lo mejorcito del comercio pueblero, el estanco, una carpintería, el casino que a la vez hace de fonda, bar y salón de billares, la sucursal de un banco, las casas más acomodadas del ruedo, un taller de hojalatero, la taberna en donde sirven unos tacos de pez espada en adobo que están buenísimos, otra tasca, una papelería chiquita y la oficina de correos y telégrafos. Pegando al casino vive una chavala rubia y preciosa que se llama Macarena y, dos o tres puertas más allá, otra chavala morena y guapísima que se llama Esperancita y que trae a mal traer a don Victoriano, uno de los maestros nacionales con que cuenta la chiquillería del pueblo. Don Victoriano lleva un año largo desconcertado por la duda de si le tira o no le tira los tejos a la muchacha y, de cuando en cuando, venga o no venga a cuento, pega unos suspiros tan hondos que le desencajan el esternón. En esta misma calle vive la novia de Reverte.

Reverte, Antonio Reverte, personaje alcalareño de tanta importancia que hasta dispone de calle a su nombre en el recinto pueblero, como su hubiera sido obispo o general, fue un torero de cartel que se lució en los ruedos españoles y hasta puede que en los del sur de Francia, en los de allende la mar oceánica y algunos de los del vecino Portugal, allá por los años anteriores a la Gran Guerra. Su figura regordeta, de torero de los de antes, de aquellos que mataban recibiendo a los morlacos de más de ocho quintales corridos, se puede

ver en las páginas de las revistas ilustradas de antaño en las que también se puede leer que Antonio Reverte Jiménez tomó la alternativa de las manos de “Guerrita” y que daba unos recortes con el capotillo al brazo que eran de puro escalofrío.

Antonio Reverte, aunque no se dejó el alma entre los pitones de un toro a pesar de los muchos cornalones que sufrió en su oficio, fue un matador que todavía se recuerda y anda en coplas, pasodobles y sevillanas, que nos dicen del pañuelo de seda bordado “con cuatro picadores, Reverte enmedio” que el torero regalara a su novia que era una mocita de su pueblo y a la que el andorrero conoció cuando ya la señora sólo estaba para sopicas y buen vino. A fin de cuentas, Antonio Reverte no la llevó a los altares, sino que matrimonió con otra paisana que, en fincas y en el banco, tenía más de aquí. Pero como esto es una cosa que ocurre con bastante frecuencia, no vamos a perder el tiempo contándolo por lo menudo. Baste decir que la primera novia –que luego se casó con un labrador bien acomodado pues, en este bajo mundo, el que no se consuela es porque no quiere–, harta de verse en coplas ya sin fundamento, prendió fuego al pañolillo de marras, en medio y mitad de la plaza del pueblo, cosa que de nada le sirvió pues la gente, que ya se sabía las sevillanass de coro, siguió canturreándolas hasta el finiquito de sus días. Y bien es cierto que los alcalareños no lo hacían por mal, sino por costumbre y porque se sentían muy orgullosos de su torero, del mentado pañolillo y de la historia que medio se ha contado.

Alcalaíno fue también, aunque su nombre y su noticia no hayan pasado ni al folclore ni a la historia, el Manolito Cheche Romero, el que jugó de delantero centro en el equipo local, un poco antes de la guerra, y que estuvo a punto de fichar por el Real Betis Balompié, con cuyo conjunto se hubiera alineado si no se hubiera tenido que casar, tan a prisa como las circunstancias lo requirieron, con Paquita la de Burguillos quien, aparte de sus finquillas y de sus gracias personales, tuvo trillizos de la primera tacada.

– Buen barragán el Manolo...

– Y, jugando al fútbol, una fiera corrupta. Lo que pasó es que tuvo que abandonar el deporte porque la administración de lo que ya se dijo de su señora esposa le llevaba todo el tiempo.

También nació en Alcalá del Río otro Reverte de cierta fama, el humanista don Mateo Trujala Reverte, que dedicó su vida a la redacción de un tomo así de gordo que intituló “Speculum Heresiarcarum” en donde se estudiaban y ponían de manifiesto los signos externos que servían para reconocer a quienes coxqueaban del remo luterano. El libro se imprimió en Sevilla, en la imprenta del maestro Jacobo Cromberger, el que también imprimiera “Las Sergas de Esplandián” pero parece ser que del libro del autor alcalaíno se han perdido todos los ejemplares.

En el casino y en los bares, tabernas, tascas, puestos y puestecillos de Alcalá del Río se bebe vermú, vino fino y vino peleón, según la costumbre o el gusto de cada cual. Cerveza no se bebe mucha; por lo menos, cuando el andorrero estuvo por allí, no se bebía mucha, cosa que no molestaba a nadie porque el personal de Alcalá del Río está más hecho al vino blanco acompañado con taquitos de pez espada.

–¿Y cocacola, se bebía cocacola?

–Hombre, por Dios, no diga usted cosas raras. Alcalá del Río está en la provincia de Sevilla y por aquellos entonces, como todavía no habían venido los americanos, la cocacola sólo la tomaban los niños litris o los que andaban mal de la cabeza...

En la fonda de Alcalá del Río se bebía lo mismo que en los puestos, bares y tascas de la competencia, aunque en este establecimiento no se sirvieran tapas de cocina, lo que quitaba mucho color a la cosa. También se expendía café y se podían tomar copetines de anís o de coñac. Juanito, el veterinario, siempre tomaba coñac Carlos III porque, según hacía saber, había hecho el bachillerato con los jesuitas; Pascual, el del banco, tomaba anís Machaquito porque era cordobés, de Castro del Río, exactamente; don Victoriano, el maestro que ya se

indicó, se aplicaba al vermú con almendrillas saladas y Sebastián, el de la tienda de tejidos y novedades, sólo tomaba infusiones de manzanilla amarga porque no andaba bien de la vesícula. Cuando el andorrero alternaba con los que aquí se citan o cualquier otro que se le pusiera a tiro, nunca pasaba del tinto pues una vez que se confió con el vermú seco enganchó una trompa de las de aceite alcanforado.

–Pero aquello, más bien, fue por culpa de las anchoas.

–Eso creo yo, que las anchoas, algunas veces, se ponen la mar de traicioneras.

En Alcalá del Río y durante las tardes de los días feriados, se pasea por la carretera de Burguillos, si es tiempo de verano. En tiempo de invierno y porque está más resguardada, el paseo se hace por la carreterra que lleva a Cantillana, pueblo por donde anduvo suelto el diablo, según contase don Luis Vélez de Guevara que fué un hombre que supo mucho de diablos mayores y menores, tal y como lo demostró con su relato de las andanzas, sobre los tejados de Madrid, del estudiante don Cleofás.

En las tardes de junio, las mocitas de Alcalá del Río van tan guapas con sus vestidillos livianos y de clara color que uno no se cansa de mirarlas. En las tardecas de invierno, a pesar de los abrigos y rebecas con que se tapan, las chavalas alcalañinas también tienen mucho que ver y admirar. La verdad es que, cuando las muchachas, sean de donde sean, están de buen mirar, están igual de monas tanto en el invierno como en el verano.

–¿Y en primavera?

–En primavera, amigo mío, mejor es que no me las recuerde si no quiere que me muera de melancolías...

–Bueno, pues lo dejamos.

El extendido campo de la jurisdicción alcalareña, al saliente de la pobladura, se ondula en colinillas de suave lomo que la brisa ven-

tila, el olivar ampara y habita el colorín, que es pájaro comodón. El olivar de Alcalá del Río, para los ojos de quien se avezó a los olivares de los cerros de Úbeda, no parece ni muy grande ni muy apretado, aunque sus olivos de tres pies y plantados en marco real tengan amplios los ruedos y las cosechas. Las aceitunas sevillanas, grandes y rebolondas, le van al fino; las aceitunas jaeneras, negras y magras, le van al manchego. En este mundo, cada cosa tiene lo que ha de tener, como el aceite sevillano, tan claro como una alborada, pero menos sabido que el sacro aceite jaenero. Las tortolicas olivarreras de una y otra provincia son igual de dulces, de obedientes, de conmovedoras.

Estebanillo Gonzalez, aquél golferas del siglo de oro, hombre de muchos oficios y casi todos falsos, nos dejó escrito de sus pulgares que, en alguna de sus andanzas y malaventuras, pasó por Alcalá del Río en donde, entre otras fechorías de menor porte, se llevó entre las uñas un cabrito o un carneruelo, que de la razón del animalico no se acuerda muy bien el que esto escribe.

El florido campo del término municipal alcalareño viven y medran cuantos bichejos y alimañas puso allí Dios. El gazapo que se achanta o que galopa, el zorrigo que se las sabe todas, la nutria, que no se aparta de la corriente del agua, el lagarto esmeraldino que se refocila al sol, la perdiz que se apeona o revolotea y el tejón que se enguarida. Por el terso cielo de Alcalá del Río, el avilanejo y el palomo robón andan haciendo de las suyas.

Pasó también por Alcalá del Río un tal Guzmán de Alfarache, soldado en Italia. y pícaro en todo tiempo, pero de él no se sabe que hiciese algo que se viera y que le hiciera salir cortando de estos ruedos.

Los pichachillos de la sierra Morena, parece que ya se dijo, azulean los montes de Alcalá del Río. Allí, estos montes se llaman de los Pedroches o de Guadalcanal. El andorrero no se llegó hasta ellos porque le pillaban fuera de lo que le habían mandado. De todas for-

mas, cuando el viento se le ponía a su favor, le llegaba hasta el olfato un aroma de jaras y cambrones que le alegraba el alma.

En donde no hay alegría que valga ni cristiano que pare es en el cine de Alcalá del Río, por lo menos, en el cine de invierno que el andorrero conoció. Allí, por el runrún que se arma con el mascurreo de las pipas de girasol, lo incómodo de los asientos, la conversación del respetable y la zorrera que organiza la estufa de leña, lo mejor es no acudir. El andorrero, que se gastó los cuartos en el capricho de ver una película de Burt Lancaster en tan molesto local, sólo se enteró de que un camión sin frenos se despendolaba por una cuesta abajo. El andorrero siente en el alma el tener que decir lo que aquí se dice; primero, porque no le gusta sacar faltas a nadie y, segundo, porque las pipas de girasol que se venden en Alcalá del Río son tan gordas y están tan buenas que, a lo mejor, fueron ellas las culpables de que uno no se enterara bien de qué iba la película. El cine de verano, que el andorrero no conoció, será como todos los que se instalan por los mundos del Sur.

En los mundos del Sur y en su capital, Sevilla, nada más pasar la feria de abril, se montan, hablando sólo de esta capital, alrededor de doscientos cines al aire libre, aprovechándose de cualquier rincón, parquecillo, corrala, patio de vecindad, solar en ciernes de construcción o callejón sin salida. La instalación de estos locales es facilona; basta con acotar el rodal con una aparatilla de cañizo, plantar unas matas de periquitos que cubran las paredes laterales, poner unas macetas bajo la pantalla, alinear una cuantas sillas de tijera y situar al fondo, bajo la cabina de proyección, un barecillo que ofrezca su mostrador y sus veladores a quienes quieran tomarse un cafelito o una copichuela mientras se ve la película o las películas, si el programa es doble. Las películas son, casi siempre, de Juanita Reina o de Antoñito Molina, que son las que más agradan al personal que a estos cines concurre. El argumento de la cinta, su interpretación o el manejo de la cámara es lo de menos; lo importante es estarse allí, entretenido y tomando el fresco hasta las tantas ya que, a partir del

mes de mayo y en Sevilla, hace un calor tan desconsiderado que ni el río apacigua ni la brisa entretiene.

En el siglo VI de la era cristiana nació, en lo que todavía se llamaba Ilipa Magna, San Gregorio Oscetano, según se documenta en los textos perdidos de Plinio Mercator, historiador apócrifo y alcalareño. El santo en cuestión tiene su ermitilla en los alcances del pueblo, pero uno no sabe ni sus rumbos ni el día de su festividad.

En los melificados atardeceres de la otoñada, chicos y chicas pasean por la plaza de Alcalá del Río. El andorrero, que siempre anda desaparejado, se consuela de sus soledades contemplando el jugueteo de la pretensión, los dares y tomares y el quitar y el volver a dar las esperanzas amorosas; ese querer y no querer descubrir las intenciones y el rebolico que se manga hasta que la mozuela pretetendida accede a ponerse a la vera de su galán. Las nubecillas sonrosadas que, como arcángeles albriciaderos, engalanan el cielo, protegen el devaneo erótico.

Hace ya muchos años, tres o cuatro antes de que el andorrero cayera por allí, al Guadalquivir se le hincharon las narices y, aliado con el temporal de los cielos, se salió de madre. Se conoce que el río estaba más negro que tiznado por el encierro que le imponía la represa en construcción y, en un parpadeo, se llevó por delante las veinte o treinta casas que se aposentaban en su orilla. El resultado fue la desolación de la barriada, el dolor de aquel destrozo, la vida de las gentes que allí la perdieron, los ajuares que se deshicieron, la ruina que se desplomó sobre aquel vecindario. Pasar por allí, en los tiempos en que pasaba el andorrero, era como pasar por una ciudad fantasma a la que ya se andaban comiendo la hierba loca y el jaramago pajizo. El andorrero, que lo único que podía hacer era lamentarse a coro con los paisanos de aquel desastre, procuraba no pasar por allí, por aquellos restos de calles y callejones, aunque tuviera que rodear un buen trecho. Si no tenía más remedio que pasar, lo hacía llevando el corazón en un puño.

A estas alturas de lo que se lleva contado, uno se da cuenta de que anda mezclando tiempos y estaciones en este garlar sobre las tierras sevillanas y, antes de seguir con los decires, piensa que mejor sería aclarar que estas mezcolanzas y confusiones obedecen no sólo a la manera dislocada de ser que tiene el amanuense, sino también a que estas andurrias por semejantes pagos y caminos se hicieron en trancos diferentes -primavera, verano, otoño e invierno- y en años saltados y de aquí que se junten las habas con las naranjas y las tardes de frío con las horas de solanera. Uno pide perdón por los caramillos que armase sin querer y advierte que lo mismo que no se le pueden pedir peras al olmo, al andorrero tampoco habrá que pedirle las claridades de las que él anda tan escaso.

Don José es el otro maestro nacional que ejerce su benemérita y arriesgada profesión en Alcalá del Río. Don José estará llegando a los cuarenta y es un sevillano fino y señor de los muchos que se dan. El poco pelo que le queda lo tiene rubio ceniza, viste de gris, es friolero, habla poco y en voz baja y no fuma ni bebe. Comer, tampoco come mucho.

-¿También está enamorado?

-No. No es por eso. Es que don José es así de su natural.

Como don José, al igual que don Victoriano, Juanito, el veterinario y el andorrero, está alojado en el casino que ya se dijo que también servía de fonda, algunas veces se sienta a pensar al lado del andorrero que, en aquella ocasión estaba liado con sus papeles y sus números que no le casaban ni a la de tres. Don José le echó un vistazo al libro que estaba sobre la mesa.

-¿Dónde lo encontró?

-Me lo proporcionó un amiguete que es librero.

Don José, después de pedir permiso, agarró el libro, lo abrió a voleo y, con una entonación preciosa, con un gusto que aviva las palabras, leyó:

Naranja y limón.
Ay, la niña del mal de amor.

El andorrero, que gusta de escuchar versos cuando están bien leídos, pidió a don José que leyera un poco más y el maestro, que era un rato amable, buscó otra página:

Cuando mi caballo lento
coma juncos con rocío,
cuando la niebla del río
empañe el muro del viento...

La voz de don José puso a la tarde grave, llena de intimidades y silencios. Sólo se oía el trasteo que el dueño de la fonda se traía, en el mostrador, con la cafetera descompuesta y el tintineo del cristal de la ventana bajo el ligero empuje de la brisa atardecida; en miel y limón se derretían las cortezas del alma y don José, sin preguntar a nadie se preguntó:

—¿Cómo ocurriría aquello?

No contestó nadie porque nadie sabría contestar, ni aún adivinando lo que quiso preguntar el maestro que, a continuación, se quedó un buen rato mirando para las bovedillas del techo en tanto que una telarañilla sutil vela sus ojos claros. Después, le pidió al andorrero:

—¿Podría usted dejarme el libro hasta mañana? Nunca tuve ocasión de leer a este poeta...

Después suspiró, se levantó apoyando las palmas de las manos sobre las rodillas, como si estuviese muy cansado, y subió a su cuarto. Lo más fácil es que don José se pase la noche en vela, leyendo los versos que se llevó, si es que antes no se muere de esa pena que parece hundirle las espaldas.

Si don José, por sus pensamientos y sus lecturas, no pegara ojo en toda la noche, los otros huéspedes del casino tampoco dormirán,

porque en la fonda de Alcalá del Río no hay cristiano que duerma por las noches. Durante el día, tampoco se duerme, claro está; pero de día, como ni siquiera se intenta, se nota bastante menos.

El andorrero no sabe por qué, aunque se figura que será por el calor, en Alcalá del Río y a partir de los últimos días de mayo, el comercio y la industria de cualquier pelaje, género o condición abren sus puertas al filo de las ocho de la tarde para cerrarlas a eso de las tres de la madrugada. Por eso, la calle principal del pueblo, que es a la que se asoma el balcón del andorrero, se llena de tertulias, ruidos, animación y bullebulle. Los vecinos sacan sus sillicas a las aceras y allí se pasan las horas dándole a la lengua y a la campanilla; los bares se arrebatan y ponen la radio a tope, las comadres cotillean a grito pelado, los chavales corretean tratando de dar caza a los morciguillos, las niñas cantan a la rueda rueda las hermosas, las ruidosas cancioncillas infantiles o saltan en los guirigais de la comba y del tejo en la rayuela, los gañanes vociferan a los mulos espantadizos y el carpintero y el hojalatero, en plena labor, martirizan la noche y, entre chicos y grandes, arman tales trapatuestas que no hay más Dios ni más Santa María que cerrar el balcón y cocerse en el propio jugo, sin chispa. de aire que respirar, si uno trata de soportar la marimorena. Cuando asoman las claras y uno se obliga a dejar el catre, las palabrotas que se sueltan se escuchan en Trebujena y hasta puede que más allá.

Durante el invierno es peor. Durante el invierno, aunque las tiendas y talleres recuperan el horario oficial y los alcalaños, frioleros de por sí, se encierran en sus casas al calorcillo del braserete de picón, en los bajos del casino, que es donde están las mesas del billar, los amantes de este deporte organizan sus contiendas que a días o, mejor, a noches, duran hasta el amanecer. Allí, lo de menos son los choquetones de las carambolas ni los tacazos que a las bolas se les propina; lo mayor es el vocerío de las discusiones, los improprios con que se obsequian los billaristas, los alaridos de victoria o los plantos de la derrota, hasta tal punto que los sufridos huéspedes

que tratan de dormir en sus calicanteadas habitaciones tienen que olvidarse de su sueño, vestirse, medio atusarse y bajarse al palenque para allí entretenerse con una copa de lo que sea, hasta que a los jugadores se les pone en gana dejar la partida. Al día siguiente, bueno, al cabo del rato, huéspedes y billaristas están con unas ojeras que les traspasan la barbilla.

—¿Y así todas las noches?

—Casi todas. Que como Laurentino, el de los fideos, entre en la repelea, vocerío hasta el alba.

—¿Y por qué no lo prohíbe el alcalde?

El señor alcalde y jefe local de Alcalá del Río era un señor que tenía una sobrina preciosa y que gastaba gorra y pelliza los días de entre semana; los domingos y fiestas de guardar usaba capa negra con vueltas verdes y sombrero cordobés; para las solemnidades oficiales llevaba la camisa del uniforme. El señor alcalde de Alcalá del Río, cuando por allí anduvo el andorrero, era un hombre de pocas palabras, reposadas maneras, planta de torero antiguo y amigo de todo el mundo. A lo mejor era por esto último por lo que no se le daba bien lo del prohibir.

—Y, aquí, entre nosotros, le digo que tampoco le iban a hacer mucho caso.

—¿Y al cura?

—Menos todavía. Las gentes de Alcalá del Río, al que únicamente le hacían una chispa de caso, era al cabo de la guardia civil.

Veintitantos años antes de que el andorrero recalara por el pueblo que tantas veces se nombra, anduvo por allí el que luego fuera famoso novelista, Manuel Andújar, quien, según se ha oído contar, aquella temporada, se aficionó a la lectura de un tomo descabado de “Amadis de Gaula”, lo que, andando el tiempo le llevó a meterse en caballerías y al cultivo de las letras de lo que sacara largos años

de trasterro y que sus novelas se hicieran tan conocidas como para llevarlas al cine y a la televisión.

Alcalá del Río es un pueblo que, a mayores, se puede calificar de horticultor, olivadero y campiñés. En esto de la agricultura, el territorio alcalaíno deja muy poco que desear. Disfrutador de vientos encalmados, cielos apacibles, avenado por el Guadalquivir y por cuatro o cinco arroyos de menos nombre, como el Cuernalón y el Chico, el término alcalaíno se encuentra cuajadito de árboles frutales, olivas, huertas y tierras calmas. Abundoso es el pueblo y tanto vicio hace que en él no haya pobres de solemnidad y muy pocos de espíritu pues los alcalaínes son tipos valientes, apersonados y siempre dispuestos a invitar a unas copas. El campo de Alcalá del Río, que tan por lo menudo se pateó el andorrero, se llena de lagartos y lagartijas, jilgueros, alcaudones, gurriatos, chicharras, mariposas y avispas, cuando es su tiempo.

—Por cierto que las avispas que allí se crían tienen sangre de tigre y son gordas como pulgares. Una de ellas me arreó un picotazo en el cogote que a pique las lío. Menos mal que Andrés, el de Chucena, uno que venía conmigo, me puso una plasta de barro en semejante parte, que si no, no se lo que hubiera pasado. Pero, oiga, eso del barro es como mano de santo.

—Un poquillo sucio, pero bueno ya lo es, como todas las medicinas que se traían los antiguos hasta que se sacaron lo de la penicilina.

Los cuatro mil habitantes que se mueven por el pueblo gozan de buena salud, aproximadamente, como los de todas partes, pues las brisas que desde el poniente olean el caserío y purifican su ámbito, se compensan con las nieblas acatarrantes que desde el otro punto le manda el Guadalquivir. De todas formas, y según el andorrero observó, más trabajo tenía Juanito, el veterinario, que don Lucas, el médico.

—Es que un cristiano se muere, se le entierra, y aquí paz y des-

pués gloria; pero se te desgracia un muleto y no levantas cabeza en toda la puñetera vida...

En lo tocante a eso de la medicina, la sanidad y la higiene, el andorrero oyó contar que a los mamoncillos de Alcalá del Río los destetan con anís seco de Rute, aunque con la guerra que dan, más parece que los destetan a barrenazos de dinamita. Por lo del destete o por lo que sea, los chavales de Alcalá del Río son morenuchos y tirando a gorditos y relucientes. Puede que también los haya rubios y canijos, pero los más que se vieron se enseñaron lucidos y como Dios manda. Los chavales alcalareños nadan como barbos, trepan como micos, brincan como cabras y comen más que un sabañón. Los chavales alcalañinos sueltan cada juramento que ruborizaría a cualquier persona mayor y no les hacen caso a los guardias municipales. También quedan algunos que están bien educados.

—¿Cómo te llamas, niño?

—Currito Megares, para servir a Dios y a usted y a la revolución nacional sindicalista. Pero a los de mi familia. nos llaman los Suficientes...

El señor arcediano de Calahorra, don Silvestre Bienservida y Núñez, se murió con las ganas de acercarse a Alcalá del Río, porque una noche soñó que, andando por estos predios, se encontraba un tesoro.

—Pues no tendría nada de particular, que cuando los moros se fueron de aquí, bien de ellos se dejaron enterrados y todavía no han aparecido.

Catorce Alcalás se cuentan en la geografía española y un Alcalalí. Desde Alcalá de Gurrea, en la provincia de Huesca, hasta Alcalá de los Gazules, en la de Cádiz, catorce Alcalás se contaron, justas y cabales, aunque puede que alguna se trasconejara. Los moros, como todo el mundo, también se ponían pesados repitiendo los nombres que les gustaban.

El andorrero conoce, aunque sólo por tradición oral, cómo pintan y funcionan las procesiones de la semana santa de Alcalá del Río. de las que un poeta local, en romance mal medido, decía una cosa así:

Ya viene la muerte
por la calle de Antonio Reverte,

pues parece ser que las procesiones alcalareñas, nazarenos a porrillo y clarinazos al amanecer, se encabezan con la imagen de la Muerte Pelada que, guadaña al hombro, como en los cuadros de Valdés Leal, va rememorando aquello de que polvo somos. Las procesiones alcalaiñas son muy nombradas por aquellos contornos, tanto por su fervor, su buena presencia y los crialazos que se arrean los penitentes de las diferentes cofradías por el aquel de si nuestro santo es mejor que el vuestro.

–Pero eso es por devoción y no por malquerencia.

–Ya lo sé. No hace falta que lo digas.

Cuando el andorrero se tuvo que marchar de Alcalá del Río, lo hizo con un repunto de tristezas. Allí había pasado sus temporadas catando vinos y adobos, moviendo las tabas por el paisaje, aprendiendo cosas que no sabía y haciendo buenas amistades. Las mozas no se le dieron ni bien ni mal, es decir, no se le dieron, pero como eso es algo que le sucede con harta frecuencia, el hombre ya se ha ido acostumbrando y apenas si se conduele de ello. El andorrero piensa que a los caballeros del Templo de Jerusalén les venía a pasar cosa parecida y por eso agarraban las trompas que agarraban.

Pero ahora no es tiempo de ponerse a hablar de los templarios, de sus trompas o de los platos de magras que se embodegaban los tíos. Ahora es cosa de decir que, cuando el andorrero tuvo que marcharse de Alcalá del Río, porque allí se le había acabado el tajo, no es que lo hiciera llorando, aunque, eso sí, el corazón se le puso lento y bamboleante, como un pañolillo de crespón alzándose en despedidas.

DONDE SE CUENTAN ALGUNAS COSAS DE LA ALGABA Y SUS CAMINOS

La Rinconada tiene estación de ferrocarril y estación de servicio de aceites y gasolina, iglesia parroquial y ayuntamiento propio, extenso regadío en el que se dan la remolacha, el cañamo y el algodón, zorzales a bandadas cuando pinta el mes de noviembre y una echadora de cartas que unas veces acierta y otras, no.

La Rinconada presta cobijo a un par de miles de rinconeros y rinconeras y levanta su caserío en la orilla izquierda del Guadalquivir. El andorrero, en todos sus andares sevillanos, siempre vió La Rinconada desde lejos, menos aquella noche que pasó por su estación trenera, con el río desbordado y la cabeza llena de embelecocos. El andorrero, cuando se pateaba las cercanías de La Rinconada, siempre lo hizo por la banda contraria, por donde el Aljarfe se echa a crecer y los alcaravanes silban de otro modo.

El andorrero, entre cañaverales y tamarindos, perales en flor y olivares con el cañamón a punto, el excelente aroma de los hortalés y el dulzor niñín de la algarroba en la boca, por donde sí que anduvo fue por los pagos de La Algaba. Algaba, según se lee en el diccionario, significa, bosque, así como aljarfe viene a ser terreno alto y abierto. Las dos palabras, no hace falta decirlo, son más moras que un almorávide, lo mismo que alpechín, albérchigo o alarife, y tendrán su razón de ser, al nombrar estos lugares, perdida por todas las antigüedades del mundo, aunque el bosque algabeño no se vislumbra por ninguna parte. En cuanto a eso del terreno más o menos

alto, puede que sí entre en razón.

El campo de La Algaba es un puro vergel, de lo más vergel que se pueda pensar. Del pueblo de La Algaba poco es lo que se sabe porque los quehaceres en que estaba metido el andorrero no le obligaban a acercarse hasta el caserío; todo lo más, le hacían tomar la punta de la torre como referencia y la tabernilla de las afueras como lugar de reposta.

En La Algaba también hubo un torero de postín que todavía se recuerda, entre otras cosas que no vienen al caso, por el pasodoble dedicado a Marcial Lalanda, en el que se viene a cantar que, en su día, el tal Marcial era

rival de Vicente Pastor,
Machaquito, José y El Algabeño.

El andorrero no puede decir mucho de los cuatro o cinco maestros que aquí se apuntan porque cuando ellos estaban en sazón y triunfo, el andorrero estaba en proyecto o en agraz y no le llevaban a los toros. Lo que sí aclara es que, afortunadamente, como Antonio Reverte y El Algabeño no fueron contemporáneos, no tuvieron por qué deteriorarse las relaciones amistosas que siempre mantuvieron los algabeños con los alcalaiños.

—¿Pero es que a usted le gustan los toros?

—¡Anda este! ¿Y por qué no me van a gustar? ¿A usted no le gustan los toros, a mucha honra y no se me encampane que ya le estoy viendo venir. Que me parece a mí que usted es de esos que dicen, como los extranjeros, tantas cosas y cositas sobre el sufrimiento de los inocentes morlacos y de la pupa que se les hace a los pobreticos jamelgos. Pues le voy a decir una cosa. Si ustedes se muestran tan humanitarios o, mejor dicho, tan animalitarios con los caballos y los toros, por qué no hacen lo mismo con otros bichejos de menos presencia y propaganda, como puede ser el centollo que se cuece vivo

y pateando, la gallina a la que se le retuerce el pescuezo para hacerle un caldo a la recién parida, al pato a quien se le provoca una cirrosis hepática y hacernos un exquisito paté o el simple boqueroncillo a quien se frie en aceite o se macera en vinagres. Mire usted, amigo, ese argumento no vale. Y si a mi me gustan las corridas de toros puede que sea porque lo llevo en la masa de la sangre o porque a fuerza de aburrirme en ellas o de pasármelo pipa, que de todo hay, he llegado a entender muchas cosas no sólo de la fiesta, sino también de mi país. Mire usted, buen hombre, cuando uno anda por ahí dándose de ecologista y apuntándose a la sociedad protectora de animales, o se calla o se mete a vegetariano... Y no digo más, que ya me estoy cabreando y la cosa no merece este berrinche.

La Algaba no tiene estación de ferrocarril aunque tenga estación de gasolinas, aceites y pinchazos, como la tiene Santi Ponce, que está más tierra adentro, y la tiene Valenciana de la Concepción, que está un poco más allá. Esto de los surtidores de gasolina se está poniendo muy de moda por culpa de los tractores, cosechadoras y demás inventos que ahora se estilan en el campo. Pero vamos a callar porque por ese par de pueblos que se mentaron no pasó el andorrero ni por Castilleja de Guzmán, cosa que lamenta porque, según le vinieron a decir los de su cuadrilla, en Castilleja vivía por entonces la Rosarito Bormujos, la que en los carteles se ponía Charito la Bormujana y que era una rejoneadora de mediano pasar y un cacho de mujer de las que se quitan las medias a bocados.

—Y en Camas, que también anda cerca, nació Curro Romero.

—En mis tiempos, Curro Romero estaba en la cunita...

El andorrero se acercó a La Algaba un medio día de junio para comprar una botellita de vino, para comer. Como a doscientos o trescientos pasos de la orilla del río se levanta el pueblo. Antes, muchísimo más antes, el caserío estaba pegandico al agua, pero en el año del Señor mil cuatrocientos noventa y cinco, el río se lo llevó y no dejó ni los rabos, cosa que ya habían hecho antes los almorávi-

des, cuando pasaron por allí.

–Deme usted una botellita de vino, por favor.

–Sin favor -dijo el fulano del bar que sabía guardar las formas-. Si se queda usted con el casco, son dos reales más.

El andorrero pagó el casco, para no tener que repetir la trocha, y luego entrapajó la botella con una tela mojada y, colgándola de una guita, se la llevó, balanceándola al aire para que el vino se pusiera fresquito. Mientras volvía a donde le esperaba su cuadrilla, iba pensando en los almohades y en los almorávides y en un amigo suyo, camionero, que nació en Melilla y con el que más de cuatro veces se metía en juerga.

–Pero el Joaquín no es moro.

–Ya. Pero le gustan las chavalas tanto como si lo fuera...

El campo algabeño es más que fabuloso, casi, casi más pródigo que el de Alcalá del Río, que ya es decir. El campo de La Algaba es una bendición y en él se cria de todo lo que se pueda pedir. Sobre todo, se crían pájaros. Hubo un poeta que dijo, aunque no muy claramente que “todo pájaro es cielo” o que “todo cielo es pájaro” . Esto, que parece así como muy tonto, como muy metafórico, en el campo de La Algaba resulta de lo más natural. El andorrero, hasta que no se llegó a aquellos predios, nunca había visto tantos pájaros juntos y de tan distintos silbos y plumajes. Bien es verdad que el tempero estaba de lo más a propósito para las avecicas del cielo y el chamariz, el verderol, el pinzón real, el colorín, el chichipán, el gorrión, el abejaruco, la alondra, el espurgabueyes, la avutarda, el alcaraván, el tordo y el vencejo asomaban por todas partes con sus trinos y gorgoritos.

–Oiga, ¿Y cisnes?

–No. De eso no hay. Todo lo más, algún pato en el estanque del molino.

Según se baja las aguas, el andorrero y su cuadrilla encuentran tramos de andadura que se hacen entre túneles de ramas que unas veces son de higuera y otras veces de granado. Por aquellos andares, lo mismo florece el melocotonero que el árbol del paraíso con su olor empalagoso. Andar de esta manera es cosa que refresca los cueros y enjuga el sudor y, en el propio mes de junio, yendo entre sombrajos y con la mareilla del río esponjando el ambiente, se sentía el repeluz de la fresca. Otras tardes, con menos suerte y moviéndose por terreno desarbolado, el calorazo que se cosechaba era inenarrable.

A la hora de comer y bajo las ramas del álamo más gordo, el andorrero comparte descanso, vino y merendeta con Andrés, el de Chucena, Paco, el de la Boina y Rodrigo, el Bizcotelas. Andrés y Paco andarán por la edad de Cristo; Rodrigo acaba de licenciarse de la "mili". Los trapajos mojados prestaron frescura al vino y los filetillos empanados, aderezados con romero y hambre, entraban como la seda. En esas estaban los cuatro cuando un tipo de barba y gorra, cachava en las uñas y macuto al costado, se acercó a la cuadrilla, a la husma de la merendeta.

—¿Usted gusta?

El recién llegado, sin agradecer ni nada, agarra el mayor de los filetes y se lo despacha en dos bocados. Una lucecilla de complacencia se le pintó en los ojos golosones que se prendieron en la tortilla de patatas que se estaba comiendo Andrés. El de Chucena se confió y, sin pensar en lo que dice, ofreció con la boca chica. El de la barba, en elocuente silencio, se llevó más de media tortilla por delante.

El campo de La Algaba también está lleno de animalicos menores. Ellos, con sus volatines y zumbidos, ponen música a la tarde. La chicharra es la que más se nota, casi tanto como ese avión que, volando bajo, busca el aeropuerto de Tablada. Por el camino que va y viene del pueblo, un chavalín renegrido y bastante sucio pasa canturreando un fandango no muy bien entonado.

El tío de la cachava volvió la cara hacia la barja de Paco, el de la Boina.

Paco, que es persona que pasó lo suyo y está muy hostigado, sin apartar la vista de la bucólica, se retiraba una miaja, lo suficiente como para que el contrario no le llegara al alcance y lo dejase a menos de media ración.

—¡Leña con el tío! -gruñó Rodrigo.

—No te quejes que a tí no se te ha llevado nada.

—Se ve que no le gusta el guisado de tomate.

En el campo de La Algaba, libre como el aire libre, una manada de caballos pasta a su antojo. Son unos caballos de patas finas y crines largas. Una potranca, con ojos de novia antigua, tiene el bello lleno de florecillas blancas, como la espuma de su huelgo. Por el camino que viene o va hacia el pueblo una muchachilla de curioso mirar lleva un búcaro de barro vidriado rezumando agüita fresca.

Cuando el fulano que se convidó se percata de que ya no tiene nada que arrascar, se levanta y se va sin decir ni mus.

—¡Jo con el gachó! Si nos descuidamos nos deja en ayunas...

A la baja tarde, cuando el andorrero y su gente ya estaban algo retirados de La Algaba, un señorito a caballo se luce con sus zahones vaqueros, los espolones de estrella y el sombrero ancho con el barbuquejo ajustado; el cuerpo erguido, el puño izquierdo en la cadera correspondiente y la mano derecha manteniendo la rienda corta. El caballo, de buena planta, retinto, con la cerviz en alto, y el jinete, garboso al contraluz de un cielo exageradamente azul, parecen haberse escapado del cartel de una corrida de feria. Encaramado en su jaco, el fulano, que tiene pinta de mayoral bien comido, mira al andorrero y a los que con él van con ese hondo desprecio que se advierte en la mirada que los de caballería tienen para las gentes de a pie. El andorrero, que está a lo suyo, no le hace caso; Andrés y

Rodrigo andan un poco apartados. Paco, el de la Boina, que está a la par del andorrero, canturrea entre dientes un martinete cargado de mala intención:

Señor que vas a caballo
y no das los buenos días,
si el caballo cojeara
otro gallo cantaría.

El caballista, que no oyó la copla o que, si la oyó, no se dió por enterado, vuelve la rienda y se aleja despacio, con un compás y un contoneo de caballista de ferial.

–Menos mal que no te ha oído.

–Y si me oye es lo mismo. Estos tios tan figurones, en el fondo son unos blandos.

Subía del Guadalquivir un aroma denso, un olor espeso de hierba bien regada. El río va por lo hondo del talud que excavase el agua de tantos siglos. El caminejo que por lo alto lo bordea muestra sus flores escaqueadas, la hierba rastrera de la correhuela, la despeinada de la lanilla, la cresta mecedora de la cañuela, la finura de la colleja minúscula y sabrosa. El aire está tan calmo, tan limpio y tan frutal que nadie se atreve a encender el cigarrillo que, con sus humos, ensuciase las cristaleras de la tarde. Dentro de poco, una hora o cosa así, el sol se irá, y el cielo, en estos momentos, añilea de maravillas y hermosuras.

Pero no siempre es así, que el campo y el oraje es eso lo que tienen, que cuando menos te lo esperas, te cae una chaparrada que te destroza ropas e intenciones.

La otra tarde, cuando ya se había comido a la sombra escasa de unos tarajes y mal sabía el pito de la sobremesa, el sol se puso picantón abochornando los caminos de la prima tarde, la calina hacia bailotear el horizonte, quemaba el poco aire que se movía, sobraba hasta la piel y los goterones del sudor emborronaban el papel de las

apuntaciones. Andrés, el de Chucena, lo mismico que un podenco, remusgaba la tormenta que se acercaba desde el poniente.

–La que va a caer...

–¿De dónde lo sacas?

–Estate y verás.

A la media hora escasa, un filete de nube cárdena apareció por el oeste, el viento se aligeró y el alcaraván calló el pico. La nube ganó terreno, sonó el río de otra forma y el chichipán, que ya se lo esperaba, alzó su canturria entre los chopos de la orilla. El cielo se oscureció, relumbró la culebrina a lo lejos y la golondrina rozó el surco con la punta del ala. Al poco, todo el mundo era un negror que se comía las sombras más chicas, los primeros goterones, anchos como bandejas, golpearon el polvo y el gorrión que se entretuvo con brincos y galguerías tomó el olivo con gracia banderillera. La cuadrilla echó a correr buscando el chozo melonero que se veía una carrera más allá.

–¡Corre que te mojas!

Andrés, Rodrigo, Paco y el andorrero se metieron de cabeza en el chozo, chorreando agua por todas partes y el aliento entrecortado. Estaba cayendo a modo y el campo era un barrizal.

Otros dos hombres habían buscado refugio en el mismo sombrero. Oscurecidos por la luz escasa y la barba de varios días, parecieron ocultar lo que fuera a sus espaldas, cuando entraron los otros cuatro. Pasado el jadeo, un rápido saludo sirvió de presentación; luego, Paco, el de la Boina, sacó su resobada petaquilla y ofreció una ronda bien aceptada. A cigarro medio consumido, Paco preguntó:

–¿Todo bien?

–A ratos -le contestaron los otros.

La tarde se metió en agua y el agua trajo el silencio. En el tiempo que allí se juntaron no se dirían ni cuatro palabras. Los cigarros menudearon más. Con la mirada fija en el exterior, el andorrero se

impacientaba o se entretenía con los ramalazos del viento, el tararí de los relámpagos y el rataplán de los truenos. Resbalaba el aguacero sobre el palitrocaje del abrigo y así se estuvieron quedos hasta el punto del anochecer.

-Ya escampa -dijo Paco-. Nosotros nos vamos.

-Espera. Nosotros antes.

-Como se diga.

Los barbudos se asomaron a la portichuela del chozo, miraron para acá y para allá. Volvieron a mirar, corno desconfiando. Antes de salir se dirigieron a Paco:

-A ti te conocemos. ¿Y los otros?

-Como si fuera yo.

Ya casi noche, cuando la cuadrilla iba a la busca de la cena y del catre, el andorrero, intrigadillo, le preguntó a Paco que quiénes eran aquellos dos hombres.

-Ya. te contaré...

Con aquella respuesta, el andorrero no salió de dudas, aunque, poco más o menos, se figuró quienes podrían ser aquellos hombres porque, en otras partes por donde anduvo en aquellos años, si no se encontró con gentes parecidas, al menos, supo de su existencia. Paco, el de la Boina, nunca le volvió a hablar del asunto:

-Mira -le dijo para acabar la conversación-, mejor no te cuento nada que el que menos sabe, menos tiene que callar...

Revoloteaban los murciélagos entre las esquinas de La Algaba y los mochuelos agrandaban los ojos entre los ramos del olivar. Lo que faltaba de camino se hizo en silencio y la noche, siempre quimerista, se dejaba caer trayendo, desde donde fuera, un misterio más.

Aquella noche, la cuadrilla cenó los relieves de la merendeta y durmió en la posada del pueblo. En el portalón de la posada, sobre

el santo suelo y liados en una cobija durmieron los cuatro. El andorrero, aunque podía pagarse la cama, no quiso dormir en alto, para no hacer de menos a nadie. Cuando se tiene mando, aunque sea tan chico como el que tenía el andorrero, hay que hacerlo así.

Un poco antes de los pajares del Arás, se encuentra el camino de La Algaba a La Rinconada, justo en la punta del meandro con que allí se adorna el Guadalquivir. Un poco después de los pajares está el Tejar de la Paula y el camino viejo de La Algaba a Sevilla. Ambos caminos, que la falta de uso va borrando del mapa, disponen, para cruzar el río, de barca y barquero, que unas veces está a la espera del transeunte y otras no está, cosa que no se nota demasiado porque ya son muy pocos los que se mueven por estas trochas. La gente, ahora, prefiere el coche de línea maloliente y destartalado, pero más rápido.

El último autobús que por allí pasa, para rendir viaje en Alcalá del Río, sale a eso de las siete de la tarde de junto a la puerta de la Macarena, a la mismítica vera de una tasca en donde sirven unos pajaritos fritos que están de chuparse los codos y vinito de palo cortado que se deja beber. En la tasca es fácil encontrarse con el paisano que se pasó de copas mientras andaba al arreglo de unos papeles o trapicheando en lo que acostumbra. El paisano, unas veces unos y otras veces otros, hacía el viaje retrepadillo en el asiento y cantándose por los bajinis:

Calle Real de Alosno
con las esquinas de acero,
es la calle más bonita
que rondan los alosneños
cuando la luna se quita.

Los paisanos que, en buenas condiciones y con el ánimo dispuesto, tomaron el autobús son bebedores pacíficos que no se meten con nadie, que sonrían a las musarañas y se lo pasan bomba con su canturreo. El fandanguillo de Huelva o su variante alosnera es copla

fácil de cantar aunque uno lleve en los dentros una copichuela de sobra. Los paisanos, un poco antes de llegar a su destino, se quedan fritos, con la cabeza bamboleante y el cigarrillo colgando del labio, y el cobrador los tiene que bajar a empujones del autobús.

–!Pero niño, qué formas son esas! ¿No ves que ya me iba a bajar?

Todavía no se ha dicho, tal vez porque no se esté muy seguro de ello, que en La Algaba nació o, por lo menos, vivió un primo hermano de don Fernando de Herrera, aquél poeta del siglo XVI a quien le apodaban “el divino” porque no había ser humano que entendiera sus escrituras. El primo de don Fernando se llamó Juanito Testero y, según las malas lenguas, fué el que sirvió de alcahuete en los amores que su pariente tuvo con doña Leonor de Guzmán.

El andorrero nunca supo si esta historia era cierta ni si el barquero del camino de La Rinconada cumplía o no con su jornada laboral. Lo que sí supo es que el del camino viejo de Sevilla se la tomaba con calma. A la media hora de llamarle a voces, el hombre apareció entre los árboles con una cara de sueño que no se lamía.

–¿Dónde te metes?

–Es que me había traspuesto una miaja...

El barquero del camino viejo de Sevilla era un tipo regordete, con los mofletes colorados y un cabezorro que ni pelado al cero le cabría en la boina. El tío, con toda la pachorra de que es capaz, y es capaz de mucha, desamarra el bote y lo hala hasta el improvisado embarcadero. El esfuerzo le hace llevarse la mano al flato.

–Venga. Embarcad y que sea lo que Dios quiera.

El andorrero, que prefiere el vino al agua y que como hombre terracampino no está hecho a estas travesías, se llena de aprensiones y reconcomios, y más, cuando el barquero sigue:

–Este tolete lo tengo un poco chungo. Ya veremos si aguanta.

Y el tolete no aguanta un pelo. A la segunda remada se quiebra

como una varita de nardos y el regordete se pega una costalada que aproa la barquichuela al pique de zozobrar. Cuando el barquero se repone del golpe y suelta un par de pecados, trata de conducir la embarcación como Dios le da a entender, que no es mucho ni bueno. El bote va a la deriva, arrastrado por la corriente que es mayor de lo que parece.

–Santa Bárbara bendita...

–Calla, hombre, que eso es para cuando truena.

Antes de llegar a la mitad del río, el bote había embarcado agua abundante por las junturas de las cuadernas que ni memoria tendrán del último calafate. Rodrigo va medio mareado, Andrés está más blanco que una sábana, el andorrero los lleva de corbata y sólo Paco, el de la Boina, que se ve que está más avezado a estas desventuras, achicaba el agua con una lata de tomates. Con el agua al ras de la borda llegaron a la otra orilla, atracaron de mala manera y, empapados y sin reponerse del susto, los cinco se despelotaron para secarse al sol.

–Pensé que nos hundíamos -suspiró el barquero.

–¡Toma! Y yo también...

La madre vieja de la Rivera del Huelva sirve de límite entre los términos municipales de La Algaba y Sevilla. El cauce nuevo lleva una meadilla de agua y el viejo tampoco lleva mucha mientras corre hacia el sur para darse la vuelta y marchar de nuevo hacia el norte pintando un ringorrango que parece la firma de un escribano trapalón. El andorrero y su gente se brincaron los dos cauces, con riesgo y con fortuna, dijeron adiós a los pagos de Majaloba y siguieron con su andar y su quehacer sin que les inquietara la cercanía de las renombradas ruinas de Itálica que caen muy cerca de estos rodales. Dicen los que entienden que las ruinas de Itálica son unas ruinas de mucho mérito y anuncio, pero no tanto como para justificar una hora larga de taconeo entre el ir y venir.

A ese montón de piedras viejas, circos desmoronados, anfiteatros hechos cachizas, escombros a punta de pala y lagartijas a pedir boca les hizo una poesía un señor que se llamó don Rodrigo Caro quien, en sus versos, las llamó “campos de soledad” y “mustio collado”. La poesía que se dice es muy larga, con los versos muy pulidillos y tan pelmas que el andorrero no se sabe ni nunca se quiso aprender. En los libros de historia pone que el emperador Trajano nació en Itálica; don Rodrigo lo hizo en Utrera, donde lo del torito nevado. El emperador Trajano persiguió a los cristianos a sangre, fuego y patadas en el culo; el don Rodrigo se metió a cura y acabó de consultor en el Tribunal del Santo Oficio, pero no debió de hacer mucha leña porque, según dicen, era muy buena persona. Al emperador Trajano lo retrataron en estatua, muy serio y con la toga llena de adornillos; al don Rodrigo lo pintan con alzacuello y coronita de laurel en la cresta, aunque lo más fácil es que el buen hombre gasta-se la teja reglamentaria, descomunal y tridentina.

Ya desde la jurisdicción sevillana y mirando al saliente, se ve San Jerónimo y el manicomio de su nombre que está algo más allá. Los cortijos de buena planta y las casas de recreo se suceden y aprietan. En una de ellas, el andorrero pidió un sorbo de agua y la criadita que le atendió le sacó una jarra de vino fresco, no se sabe si por equivocación o porque era así de caritativa. Rodrigo, el Bizcotelas, como no estaba muy acostumbrado al alpiste, se pasó la tarde diciendo tonterías.

–Cuando yo sea cabo de la guardia civil...

–Yo me apunto de gitano -contestaba el de Chucena.

El andorrero, paso a paso, siguió buscando los rumbos del Sur. Pasó las huertas de la Bachillera, el Alamillo, el Andrajo y San Luis. Desde allí ya se veían las torres sevillanas que relumbraban de guapas bajo los soles de los cuatro puntos. Y el día diecinueve de junio, festividad de los santos mártires Protasio y Gervasio, entró por el alfoz sevillano, cuando la gente andaba medio loca hablando de los

campeonatos mundiales de fútbol que se celebraban en Brasil.

Y ya, a dos pasos de la capital, el andorrero se dice que Sevilla es tan grande, tan emocionante y tan gentil que bien merece un capítulo aparte.

DONDE SE HABLA UNA MIAJA DE SEVILLA

Para acercarse a Sevilla todo se hace camino y todo es puerta para entrar en ella. El aire, de par en par, ensancha sus arcadas provisionales, el cielo se desabrocha y la ciudad se abre como una mano presta para acariciar, nunca para retener.

Doce puertas tiene Sevilla. Doce puertas y un postigo. El postigo se llama del Carbón. Las puertas son las del Sol, de Carmona, de la Carne, de Jerez, del Arenal, de Triana, de los Hurneros, de San Juan de la Alamedilla, de la Macarena y de Córdoba. Tantas puertas como horas tiene el reloj, meses el año y signos el zodiaco. Las puertas, ahora, de poco sirven porque el caserío, para acercarse antes a quienes se le aproximan, las rebasó con creces.

Sevilla es tan grande que no se acaba nunca y es tan hermosa que paraliza al tiempo. Como todo lo que es grande y que es hermoso -España, pongo por caso-, Sevilla no tiene más límites que los que le ponga el corazón, aunque el corazón, que tiene mejores oficios, nunca está dispuesto a levantar límites y señalar linderos.

Por los cuatro puntos entró el andorrero en la ciudad. Cuando vino del saliente, los jardines de Murillo le esperaron; en el vagón de ganado donde le embarcaron para llevarle a hacer la "mili", entró por el poniente. Cuando por el norte entraba a pie lo hacía; cuando lo hizo por el sur, el río fue su camino.

Todo canta en Sevilla, con ganas o sin ellas. Unos cantan para espantar su mal, otros, para acercarse su bien. Cantar se canta de muchas maneras, hasta sin copla se canta. Paco, el de la Boina, cuando estaba de humor se arrancaba por estas:

Viva Sevilla y olé,
viva Triana.

Rodrigo, el Bizcotelas, como era medio tartaja, canturreaba así:

Ay, Sevilla, villa, villa...

y don Pedro Salinas, uno de los tres o cuatro poetas que más entusiasman al andorrero, cantó en estos versos transidos por la luz de la ciudad:

Ay, Sevilla, Sevilla,
guerrera mala, dime
por qué todas las tardes
tantas saetas me clavas,
rebrillo de azulejos,
desde tus espadañas.

Sevilla, se vuelve a decir, es tan grande, es rosa de tantos pétalos, enramada de tantos pájaros que el andorrero, a pesar de los muchos días que pasó allí, nunca se la llegó a aprender. ¿Quién, sin ser un místico, se aprende la hermosura? Claro que, también es verdad, el andorrero siempre anduvo flojo en aprenderes y, por eso, más que intentar aprenderse la ciudad, la anduvo casi alucinado y medio ido, exponiendo su ánima al asalto de todo lo que le saliera al paso, ya fuera en forma de luz o de música, aroma, paisaje urbano, jardín abierto, huerto cerrado, palabra bien dicha o pantorrilla de muchacha. Y a tenor de esto último, el andorrero piensa y así lo dice que las chavalas de Sevilla tienen las pantorras más bonitas de toda la cristiandad, ya que lo llano de aquellas andurrias -Sevilla la llana es lugar común- no las cansa ni las fuerza ni desarrolla la musculatura de los gemelos, como ocurre en otros lugares -por ejemplo, en

Jaén- donde las cuestras sucesivas recrean unos perfiles pantorrille-ros de delantero centro de primera división, aunque, por otra parte, y también haya que decirlo, pongan en el rostro y en el pecho de las muchachas ese sofoquillo y ese jadeo que tan bien les sienta a las zagalas jaeneras. El andorrero también piensa, con el consiguiente dolor, que esto de las pantorrillas femeninas, como ha pasado con tantas y tantas cosas, es algo que ahora ni se disfruta ni se advierte por culpa de la moda pantalonera que se gasta el sexo contrario. El andorrero opina que la sevillana que luce pantalón se perjudica tanto o más que esas chicas que tapan la inenarrable maravilla de sus ojos con las gafas oscuras que las costumbres de los veranos colocan sobre sus graciosas naricillas.

Por Sevilla anduvo lo que le dejaron andar, aunque enseguida lo encerraron, don Miguel de Cervantes Saavedra, un amigo de toda la vida del andorrero, y don Miguel, en vez de desesperarse en la cárcel en donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación, en vez de ponerse a jugar al piojo, como hacían los demás, se entretuvo en escribir un libro apaciguador y compañero que si a él no le dió dos reales, llenó de buenos dineros el alma de todo el mundo.

Para contar, cantar Sevilla o para medio contarla y cantarla, seria necesario planear un método, trazarse un sistema, pergeñar un plan que permita reducirla a unos caminos fáciles de caminar y calcular, atar los cabos, no dejar nada al voleo, pero el andorrero no es persona dada a estas cosas, a estos planteamientos rigurosos y teme armar tal galimatías que no haya cristiano que lo aguante. También piensa que en sus laudos, en sus requiebros y piropos que dedicara a la ciudad se quedaría más corto que las mangas de un chaleco, sobre todo si los compara con los que manadas de poetas, buenos y malos, dedicaran a Sevilla.

Y hablando de algunos de ellos, no de todos porque la nómina es larga, el que más y el que menos empezaría acordándose del anónimo que piropea a la ciudad diciendo así:

Sevilla,
la flor de la maravilla

y continuar con el grito que el Duque de Rivas hace soltar en sonoros octosílabos, al romántico y medio majara de su don Álvaro.

Sevilla, Guadalquivir,
cómo atormentáis mi mente.

y seguir con la gracia del impar Lope de Vega cuando canta por sevillanas:

Ay, río de Sevilla,
qué bien pareces,
lleno de velas blancas
y ramos verdes

y volver a acordarse del ingenioso alcabalero don Miguel de Cervantes que, ante el catafalco de Felipe II, celebraba:

Oh, gran Sevilla
oh Roma insigne en ánimo y nobleza.

y de un amigo, poeta él y de esos de los que no quedará recuerdo ni memoria, que enjaretó estos renglones:

Sevilla,
capitana de azahares y veleros.

o de Federico García Lorca que cantaba:

Sevilla es una torre
llena de arqueros finos

y, claro está, de don Baltasar de Alcázar, mejor poeta de lo que la gente dice, cuando se dejaba caer de esta manera:

Donde el sacro Betis
baña con manso curso la tierra,
que es allí donde se encierra
toda la gloria de España...

Bueno, para qué seguir... Si el andorrero quisiera se podría estar, de aquí a pasado mañana, copiando cuantos piropos le diera la gana que poetas de mil suertes dedicaron a Sevilla, a Serva la Barí, a Sevilla la Bonita, que dicen los carrolés. Pero, para no cansar, remata esta apresurada antología con el verso en que Manuel Machado desplegó toda su lacónica elocuencia:

¡Y Sevilla...!

El andorrero, desde el sur y remontando el Guadalquivir, atracaba en el muelle sevillano los viernes alternos por la tarde. Con barba y mugre de quince días, pisaba el cemento del malecón. El barco donde viajaba y se hospedaba el andorrero durante sus dos semanas fluviales era un remolcador de línea esbelta, del que ya se dirá. El cocinero del barco tenía mala fama entre la marinería, y no por su suculenta manera de guisotear. Los marineros, maldicientes, contaban que el cocinero había tenido sus cosuchas con la policía de los siete mares.

–Pero dí que es mentira. Que la única vez que la policía me tocó la cara fué en el puerto de Nueva York, cuando encendí un purito farías junto a los depósitos de gasolina. Lo de la comisaría de Manila fué porque nos pasamos de rosca alternando con unos ingleses y yo todavía no estaba muy hecho al jodido güisqui...

–Es que al güisqui no hay quien se haga...

Don Juan de Arguijo, poeta y veinticuatro caballero de la ciudad de Sevilla, fue un fulano tan generoso y echado para adelante que, en un trasnoche, se pulió medio millón de reales de plata para obsequiar a la marquesa de Denia, sin pensar que, años después y al pasar a mejor vida, al tal don Juan le tuvieron que enterrar de limosna.

–¿Y se llevó a la duquesa al huerto?

–A lo mejor, sí. Pero eso nunca se supo pues el don Juan de Arguijo fue una persona muy discreta.

El andorrero, por el norte y caminando por la orillica del Guadalquivir, entraba en Triana, casi todas las tardes, ya traspuesto el sol. Con la ropa sudada y los pies cansados, se sentaba en la terraza del café Castilla para tomarse un vino fresco. El café Castilla es un café grandón, con toldo sobre las puertas, que mira hacia la estatua rojiza de Rodrigo de Triana. Paco, el de la Boina, tomando también su vino, se cantaba por lo bajo:

Qué bonita está Triana
adornada con faroles,
banderas republicanas.

Rodrigo, que sólo bebía gaseosa, no se cantaba nada, pero Andrés, el de Chucena, que parecía cojear del mismo pie que Paco, replicaba así:

Y más bonita estaría
si pusieran en el puente
cañones de artillería

El andorrero, entre vaso y vaso y escuchando el canturreo, se ponía a pensar si esas coplas vendrían desde la Gloriosa del sesenta y ocho, si las habría escrito don José Paul y Angulo, cuando andaba en sus conspiraciones, o, quién sabe, si se las sacaría del caletre don Sixto Cámara, cuando desengañado de los amores de Teresita Villaescusa se metió a republicano, alzó partida y murió de sed en la provincia de Badajoz.

—Pues no sé si sabe que don Gutierre de Cetina nació en Sevilla, peleó sobre la piel de Europa y se fue a morir a Méjico, exactamente junto a una reja florida de la calle de los Virreyes. Ya se puede usted figurar que si don Gutierre andaba por aquellas trochas era por un asunto de faldas, y quiso el Maligno, que todo lo trastrueca, que el marido corniveleto o el amante desdeñado o el hermano puntilloso de la dama en cuestión pasara por allí y, al darse cuenta del magreo que el don Gutierre se traía con la susodicha, tiró de la pinchosa y arremetió contra el galán. Don Gutierre paró en cuarta y, cuando

ambos contendientes estaban besando los gavilanes, resbaló en una concha de plátano, se vino al suelo y el contrario aprovechó la ventaja y le pasó el pecho de parte a parte...

—¿Y cómo sabe usted tantos detalles?

—No. Si saberlos no me los sé, pero me los invento porque las historias hay que contarlas bien o no contarlas. Ahora, de lo que sí estoy fijo es de que don Gutierre, entre lo que escribió, compuso el célebre madrigal a unos ojos, que son unos versos muy bonitos y que, si usted quiere, se los digo de memoria ahora mismo.

—No; déjelo. No se canse. Lo raro es que todos los poetas que usted me nombra, al parecer, eran más enamorados que el gato de la tía Rosa...

—Claro. Porque todos los poetas buenos se pirran por las chavallas. Claro que, también, hay algunos que se meten a maricones, pero esos no hacen al caso.

El andorrero y por la estación de Cádiz, entró en Sevilla sin pegar ojo. Era la primera vez que viajaba con billete de segunda y, tal vez, la poca costumbre de viajar con el culo en blando, le espantó el sueño. Cuando, para pelear contra la soñarrera que le entró a media mañana, se tomó tres o cuatro cortados fué peor ya que, por aquel entonces, el café que daban en Sevilla era café de café y no como el que se tomaba en Madrid, que era de cebada tostada con achicoria. De resultas del brebaje, el tío se volvió a pasar la noche en blanco.

—¿Como le pasó en Castuera?

—Mucho peor. Que en Castuera sólo fué un pocillo y, en Sevilla fueron seis, o siete.

Don Lope de Rueda, hombre de minucioso oficio, estofador o batilhoja, de esos que trabajan con panes de oro, hizo mayor de edad al teatro castellano, anduvo de cómico de la legua, contaba muy bien los chistes verdes y nació en Sevilla a principios del siglo XVI.

—¿Y eso a qué viene?

-A nada, pero es que me he acordado...

El andorrero, por el poniente, por la estación de Córdoba, entró en Sevilla a bordo de un vagón de mercancías, ya se dijo, la noche del viernes santo. Maleta a rastras, sin un duro en el bolsillo y marcando el paso -un, dos, un dos- le llevaron al cuartel, pasando por el Arenal y la plaza de toros de la Real Maestranza. Después de diecinueve horas de tracatrá trenero, el pobre hombre no llevaba ojos para nada y la lengua sólo le servía para soltar pecados. Don Mateo Alemán, por los mismos barrios, también maldecía lo suyo.

-Es que ser pobre en Sevilla es peor que ser ciego en Granada.

-O gilipollas en Córdoba.

-Eso de ser gilipollas es malo en todas partes.

Cuando los visigodos anduvieron por estas tierras, hubo un santo, a pesar de ser obispo, que se llamó Isidoro de Hispalis y escribió *Las Etimologías*, un centón conteniendo todos los saberes de la época que no eran muchos y casi todos estaban equivocados.

Con tantas entradas y salidas, estancias y pensiones en la capital andaluza, el andorrero se confunde de climas y de tiempos y, a veces, hasta se olvida. Lo que el andorrero no olvidará nunca, así viva mil años y pase lo que pase, son aquellas canciones que, a la caída de la tarde, cantaban las niñas ciegas de aquel colegio que estaba cerca del cuartel del andorrero.

Almotamid, el rey moro de Sevilla, tenía la costumbre de improvisar poemas y canciones que dejaba a medias para que se los acabaran los poetas áulicos de turno. Una mañana, paseando a la orilla del Guadalquivir, se le ocurrieron estos versos:

La brisa convierte el río
en una cota de malla,

que el poeta, que estaba de guardia -un tal Benámar que, por cierto, era bastante bueno en su oficio- no atinó a rematar como so-

lía, pero una lavandera que andaba por allí, entre ojos de jabón y añiles inventados, fue la que tuvo esta ocurrencia:

Mejor cota no se halla
cuando la endurece el frío.

Al rey moro le gustó tanto el decir de la muchacha que, entusiasmado, la sacó de unas sábanas para meterla en las suyas. El rey Almotamid acabó sus días en Marruecos, desterrado y medio ciego de tanto llorar. Está visto que los poetas, por muy reyes que sean, nunca tienen suerte.

El río Guadalquivir, bajo los puentes de Triana, de Alfonso XII y de San Telmo, se pone fanfarrón o lírico, según como sople el viento. A su orilla, don Luis de Góngora se moría de gusto viendo peinarse a la bella Jacinta. Casildea de Vandalia, la moza que le sorbiera el seso al bachiller Sansón Carrasco, también se peinaba o se bañaba en estas aguas.

Don Juan de Jáuregui, sevillano o, al menos, vecino de la capital, anduvo repartiendo estocadas en Nápoles, pintó el retrato de don Miguel de Cervantes, según se miente, y tradujo en sonoros versos el poema "Aminta" de Torcuato Tasso, aunque quitándole mucho de la carnalidad y del gozo del cuerpo femenino que tienen los versos del toscano, ya fuera porque don Juan fuera así de mirado o porque su tiempo contrarreformista le metiera el resuello en el cuerpo y el don Juan, hombre prudente, prefirió nadar y guardar la ropa.

También nadó -quiere decirse que también anduvo a versos y estocadas- el famoso capitán don Antonio Enrique Gómez, pero la ropa la dejó más al desgaire, tanto que tuvo que salir de naja de su Sevilla natal por lo que tuviera o dejara de tener con el Santo Tribunal de la Inquisición que acabó quemándolo en efigie, cuando el poeta, refugiado en Amsterdam, se dedicaba, a escribir "El Siglo Pitagórico" que es un libro que no ha leído nadie más que don Marcelino Menéndez Pelayo y don José Antonio Rodríguez Moñino, que se lo leyeron todo.

A la entrada del parque de María Luisa, uno frente a otro, hay dos kiosquillos que ponen sus veladores entre la enramada, para solaz y cobijo de quienes pueden tomarse allí su consumición. En el que se nombra bar Citroen, el café costaba dos pesetas, en el otro sólo te cobraban una cincuenta porque en él no tenían música, cosa que no importaba al que quisiera oírla porque el gramófono de la competencia berreaba lo suficiente como para que se le oyera hasta en Capitanía. El andorrero, mirando el céntimo, se apalancaba en el lugar más barato, con un café por todo gasto y se pasaba la tarde en soledad, envidiando a las parejas de enamorados y escuchando los dulzones boleros de letras tristonas y desengaños amorios. El andorrero, un poco masoquista él, se lo pasaba pipa recordando sus imposibles amores, hasta que llegaba la hora de irse a buscar el rancho que le daban en el cuartel de ingenieros. Algunas noches no iba a por el rancho; algunas noches le invitaban a un bocadillo de huevas de pez espada y a un vino y, con aquello, despachaba la cena. La vida es así, y la vida que el andorrero llevó cuando estuvo haciendo la “mili” en Sevilla tuvo sus ratos buenos y otros no tan buenos. Uno de los mejores fue el de aquella tarde en la, que su amigo y comilitón Fernando le regaló un paquete de cigarrillos y una novela policiaca a cambio de que le hiciera la guardia y, así, irse a pasear con su novia que había venido de Córdoba para verle. El peor, otro día que, junto al bar La Campana, un cabo primera, medio borracho, le tuvo casi media hora en posición de firme y con la mano en la sien, según mandan las ordenanzas de don Carlos III.

—¿Y por qué?

—Todavía no me lo he aclarado. A lo mejor es que me tomó manía.

Don Diego Velázquez y Silva, pintor de cámara de Su Majestad don Felipe IV, aunque asimilado, por cosas del presupuesto, al cuerpo de rapabarbas reales, nació en Sevilla, lo mismo que naciera algo más tarde don Bartolomé Esteban Murillo, aquel pintor de azules imposibles que se descujaringó al caerse de un andamio.

Y Manolito el de Trebujena, a quien de mote le decían el Brochas, también vió sus primeras luces en el barrio de San Bernardo y, aunque en tanto a pintor no lleve la fama que llevan sus ya mentados colegas, el hombre se sacaba sus pesetillas retratando a las turistas americanas que se movían por la plaza de España echando fotos y dando de comer a las palomas. Y las sacaba muy propias, sólo que mejorándolas una miaja, por la cuenta que le tenía.

El andorrero, a pesar de lo achuchadillo que lo pasó haciendo la “mili” en Sevilla, no se queja ni se arrepiente ya que gracias a aquel vivir se hizo de unos cuantos y buenos amigos y probó manjares, como las huevas en conserva, la manteca colorada y la caballa en escabeche, que en otras circunstancias y con la bolsa menos escuálida hubiera dejado escapar. La verdad es que cualquier persona que no sea muy lerda siempre puede sacar buenas enseñanzas e inmejorables conocimientos, lo mismo si sube a los palacios que si baja a las cabañas.

—¿Como hacía el don Juan Tenorio?

—Si, señor. Lo mismito que el don Juan Tenorio. Lo que pasa es que un servidor, al respectivo del negocio que se traía el don Juan, nunca se comió una rosca.

—¿Pues y aquella chavala que servía en la tasca que usted sabe?

—Estaba tan solicitada la puñetera y uno estaba tan atrás de la cola, que se licenció antes de que le llegara la vez.

El andorrero escuchó decir o lo leyó en algún sitio que, en los tiempos del califato de Córdoba, si un sabio moro se moría en Sevilla, sus libros iban a parar a Córdoba, mientras que si un músico las liaba en Córdoba, sus instrumentos musicales acababan vendiéndose en los baratillos de Sevilla. Federico García Lorca venía a decir lo mismo, con menos palabras:

Sevilla para herir,
Córdoba para morir.

–Y puede que tuviera razón, que eso de matarse a estudiar para hacerse un sabio no es bueno para la salud. –Y porque Sevilla -a ver quién es el guapo que lo niega-, entre otras cosas, es una ciudad musical. La cuerda vibradora del Guadalquivir le sirve para ello, lo mismo que le sirve la brisa que roza con su chapín de plata la punta de sus jardines, lo mismo que el viento que susurra en sus esquinas, los pasos que resuenan en sus callejas más recónditas, las mil campanas de su atardecer y el gachó que se arranca por una tonada. Sevilla, aunque en eso lleve menos fama, les echa, la pata a Salzburgo, a Viena o a cualquiera que se presente.

El cabo Cancelas estaba siempre sin un real, pero no le importaba mucho porque siempre encontraba alguien que le diera un cigarro. El cabo Cancelas, con que le dejaran soñar despierto y en voz alta, ya tenía bastante. Los sueños del cabo Cancelas eran de lo más descabellado que uno se pudiera figurar; hacer una película de dibujos animados como Blanca Nieves y los Siete Enanitos, irse a Venezuela para encontrar una mina de esmeraldas o hacer oposiciones a la banca. El cabo Cancelas hablaba y hablaba y hablaba y los otros le dejaban hablar porque, a fin de cuentas, el cabo Cancelas era un buen chico y nunca arrestaba a nadie.

Otros tenían otras costumbres. Asperón se pasaba el día pintando señoras en porreta, Manolillo contaba lo de sus múltiples conquistas femeninas, Andrés cazaba grillos como nadie y Juanito, el de Almería, se duchaba, por lo menos, dos veces al mes...

–¿Es que vas a pasar lista a todos tus compañeros de “mili”?

–No, hombre. Pero déjame decir, al menos, que Paquito Santaella, el de Granada, pintaba la mar de bien y tenía hechuras de abencerraje.

El andorrero, en la catedral, vió la tumba del rey Fernando III, el santo, y cree recordar que también andan por allí los restos de don Cristóbal Colón. Los de la República Dominicana dicen que no, que donde está enterrado don Cristóbal es en la catedral de Santo

Domingo. La verdad es que con este don Cristóbal no hay quien se aclare de donde nació, dónde murió o dónde reposan sus huesos.

–Si, señor. Enigmas de la historia, como lo del crimen de la Guindalera.

–¿Qué crimen es ese?

–Pues no lo sé. Por eso digo lo de los enigmas de la historia...

Sevilla, desde la calle del Abad Gordillo hasta la de Zurradores, y siguiendo el orden del alfabeto, tiene cerca de tres mil calles. Nombrarlas todas es faena que sólo llevan a cabo algunos guardias municipales y algunos taxistas; pasearlas todas es mucho más trabajoso y sólo hubo un inglés, que había dado tres veces la vuelta al mundo, capaz de hacerlo. Algunas de esas calles tienen nombres de gentes importantes y de complementos circunstanciales, otras tienen nombres más a lo normal, como son las del Aire, del Agua, del Sol, de la Adelfa o de la Pimienta. Dicen que en Sevilla hay una calle que se llama del Ataúd -lagarto, lagarto-, pero esa calle, lo mismo que la que con el mismo nombre hay en Salamanca, según decía don José de Espronceda, no se sabe ni por dónde caerá. El barrio de Sevilla que tiene el callejero más bonito es el barrio de Santa Cruz; todas sus calles tienen nombres como los que ya se copiaron, a los que habría que añadir los de la Judería, el Acetre y la plaza de doña Elvira. Uno se queda pensando en quién sería esa doña Elvira y se la figura tal y como aquellas vírgenes que pintó el beato Fra Angélico, alta, rubia, delgada y con los ojos del color de la miel. Claro que, lo más fácil es que, en ese barrio, haya otros nombres menos aparentes, pero como el andorrero no se los sabe pues no se lleva el disgusto. El andorrero, para eso de los nombres de las calles, es muy especial y muy metido en él, tanto que no podría vivir en un pueblo de esos donde las calles tienen números, en vez de nombre. Por el contrario, cuando el hombre pasa por una calle que se llama de las Doncellas, siente un gustirrinín en el alma que no lo cambiaría por nada. Cuando pasó por la calle que se llama de las Dueñas, el andorrero

se dió con un palacio que conserva un huerto claro donde florece el limonero y en el que vino al mundo nada menos que don Antonio Machado Ruiz, y aquí el andorrero se deja de lauros, alabanzas y tarantantes porque, lo más seguro, se iba a pasar. Cuando don Antonio murió en tierra extraña todavía llevaba clavados en el hondón de los ojos aquellos días azules y aquel sol de la infancia que conociera en el huerto de este palacio que se ha dicho.

Bajando por la calle del Hombre de Piedra, se puede llegar al convento de las monjas clarisas y pasar de largo mientras que uno se acuerda de doña María de Coronel, la hija de aquel don Alonso que, cuando le iban a degollar, dijo aquello de que “esta es Castilla, la que face los homes e los gasta”. Don Pedro I de Castilla anduvo encalabrinado con la tal doña María, que debía de estar más buena que el pan bendito, pero parece ser que el rey no se la pudo beneficiar porque la señora se encerró en el convento mentado y ya se sabe, aunque no se sepa por qué, el rey don Pedro respetaba mucho a las monjas clarisas. Ellas también le guardaban, y todavía le guardan, sus mejores respetos, como se puede comprobar en cualquier visita que se haga a los monjíos de Palencia, de Astudillo o de Tordesillas, así como por otros de la misma orden, aunque tengan menos lustre e importancia que los mentados.

En sus días libres de servicio, fuera este cual fuera, civil o militar, el andorrero paseaba por Sevilla e iba aprendiendo que con cuánta razón se dice todo lo bueno que se dice de ella.

Algunas mañanas, ya metidos en tiempo de invierno, aunque dado el clima sevillano nadie podía pensar que estábamos en vísperas navideñas si no fuera porque se oye cantar a los campanilleros, el andorrero y su gente, al punto del amanecer, se acercaban al Barranco que es de donde salen los tranvías que, por San Juan de Aznalfarache y por Gelves, llevan hasta Coria del Río. En el Barranco están esas tabernas que no cierran en toda la noche o que abren antes de ser de día y en las que recalán los últimos juerguistas de la noche sevillana. Cuando el andorrero y su gente entraban en alguna

de ellas para cobijarse de la humedad que sube del Guadalquivir, todavía se encontraban con algunos trasnochadores que, en aquellas horas, seguían dándole al fino y a los “soldaditos de Pavía”, en tanto que los madrugadores, con los ojos como magnolias, se conformaban con un café con leche y una tortita de aceite y cañamones. Había mal humor a aquellas horas, pero la mala baba que se le ponía al andorrero al ver la juerga de los otros, no era nada comparada con la que se le subía a la cabeza a Paco, el de la Boina.

–Estos señoritos de mierda...

–Calla, hombre, que nos van a dar dos guantadas.

–Esos no dan ni los buenos días...

Mientras los madrugadores sorbían su café y esperaban la salida del tranvía, los juerguistas, que sólo Dios sabe de dónde sacarían las fuerzas, palmoteaban y cantaban por la facilidad de las sevillanas. Una chavala de pelo endrino, ojos grandes y buenas cachas bailaba con los pies y brazos trenzados sin que se le derramara ni una gota de la copa de vino que equilibraba sobre la cabeza.

–Ya es mérito...

–¿Y subirse a un andamio no lo es?

El andorrero y su gente no tenía por qué encaramarse en un andamio, su labor era otra, aunque siempre más incómoda y menos gratificante que la de aquellos fulanos que estaban metidos en juerga y que, en cuanto se cansen de patalear, se irán al catre bien calentito hasta eso de las cuatro de la tarde. A esas horas, el andorrero y su banda estarán hasta la coronilla de darle al tacón y navegar en barro.

El tranvía que sale de el Barranco, entre olor a churros y pescadito frito, corretea por la orilla derecha del Guadalquivir, entre el cauce del río desviado y ese brazo muerto que va desde las esclusas de la Punta del Verde hasta la pasarela, una chispa más arriba de Tria-

na. El aeropuerto de Tablada está por allí. Gelves es tierra de buenos toreros. En San Juan de Aznalfarache hay una churrería, cerca de la plaza del ayuntamiento, donde los tejerings alcanzan unos niveles de exquisitez que en pocos lugares se superan. Huertos y naranjales dan escolta a la carrerita del tranvía. Llovió estos días atrás y no está el campo para meterse en él. Poco verdor hay en los huertos, nubarrones en el cielo. Las naranjas que por allí se dan son de las ácidas, de esas que se llevan los ingleses para hacer sus compotas.

Sevilla, entre los bellos nombres de su callejero y de sus rincones -la Chapinería o el patio de los Naranjos, por ejemplo- tiene otros que más bien, se pasan de tremebundos, como el muy truculento Hospital de la Sangre o de Las Cinco Llagas.

-¿Y por qué no el de La Patada en la Entrepiera?

-Pues mire usted, eso va en gustos. Yo prefiero que las cosas se nombren dando idea de lo que son y sin recurrir a eufemismos y circunloquios que lo único que pretenden es hacer concebir falsas esperanzas.

-Tiene usted razón porque eso de que un hospital se llame de Los Claveles Reventones, pongo por caso, más parece falta de consideración que otra cosa.

-Y usted que lo diga pues con esto de los títulos y rótulos hay que andarse con mucho cuidado, que por menos de nada te dan gato por liebre, como eso de llamar a los asilos de ancianos "residencias de la tercera edad" o "colaboradoras domésticas" a las chicas de servir.

-Como le ha pasado a un amigo mío al que nombraron conservador del servicio higiénico y se pasa el día baldeando retretes...

El dulcísimo poeta Gustavo Adolfo Bécquer está enterrado en una de las muchas iglesias que hay en Sevilla; el andorrero no sabe en cual y, aunque lo supiera, tampoco se llegaría por allí pues eso de los muertos y de los sepulcros no le hace ni pizca de gracia. Como

preferir, el andorrero prefería acercarse al monumento que, por suscripción popular, levantaron al poeta junto a un árbol muy gordo que hay en el parque de María Luisa. El monumento está muy bien pensado y, aparte del busto de Gustavo Adolfo, presenta a tres chavalas vestidas de miriñaque que miran el vuelo del amor llenas de esperanza, arrobos o melancolía en tanto que Cupido revoletea sobre ellas, con sus alitas, sus flechas y su culito al aire. El monumento es parada obligatoria de cuantas calesas, simones, manuelas y carricoches de alquiler dan su vuelta por el parque cargados con la pareja de recién casados que se melifican de lunas recientísimas. Las Rimas que escribiera Bécquer son tan bonitas, tan tristes, tan desencantadas que vienen como anillo al dedo para esos amores tan así que se tienen a los dieciocho años. El andorrero, que ya hace lo suyo que pasó de tan bendita edad, todavía lee las Rimas y medio se emociona con ellas.

-Cuando la guerra...

-De eso, mejor, no hablamos.

-Digo que, cuando la guerra de Julio César y Pompeyo...

-Eso ya es otra cosa.

-Bueno, hombre, haga usted el favor de no interrumpir. Cuando eso que le digo, Sevilla tomó partido por el segundo y Julio César la tomó por asalto.

-A mi, plin -dice Paco el de la Boina.

-Pues anda que a mí...

En la calle de la Cabeza del Rey don Pedro -y como todo el mundo conoce la leyenda que prestó nombre a esta calle, no es cosa de ponerse a dar la lata contándola-, muy cerquita de la alameda de Hércules -donde los niños juegan al toro mejor que en cualquier otra parte del mundo-, mismo en la acera de los impares, a espaldas de la calle de Calatrava, estaba el chiringuito o sala de fiestas que se llamó

Zapico, lugar de esparcimiento que frecuentaban los soldados de la legión extranjera, la marinería nacional o foránea, los árbitros de tercera regional y otras gentes de pelo en pecho y profesiones arriesgadas, además de las muchachas de cama y alterne que allí estaban para lo que estaban y algún pardillo despistado que no sabía lo que era aquello. Nada más entrar en Zapico, se veía pintada al carbón, en la pared de la derecha, frente al mostrador del establecimiento, una copia de "La Chiquita Piconera" que, con las faldas arremangadas dos cuartas más arriba de donde las pintó don Julio Romero de Torres, se calentaba las nalgas al calorcillo del brasero.

Para entrar en Zapico, amén de pagar la entrada con derecho a consumición, había que ser muy macho, muy echado para adelante y muy olvidadizo del gonococo albo, el sarcoptes escabiei, el tripanosoma gambiense y el treponema pálido. También había que olvidarse de las puñaladas de manubrio, las patadas en la barriga y de la úlcera gastrointestinal que pudiese producir la malévola ginebra de garrafa que allí se expendía.

El andorrero, que no es que sea un fulano muy bragado, pero que piensa, con don Juan Ruiz, el arcipreste de Hita, eso de que probar todas las cosas el apóstol lo manda, entró una noche en la sala de fiestas que se dice y no le quedaron ganas de volver. No le arredraron las pintas de bruto que tenía el matón que cobraba el portazgo ni el humo, el vocerío, la escasa limpieza, los compases desacordados de la orquestina que animaba el ambiente, el estropeado maquillaje de las rabizas, la catadura de los rufianes, la incomodidad de los asientos, el olor a humanidad danzante, los dos o tres conatos de pelea a lo bestia que se sucedieron en tan escaso tiempo, la malignidad de las pócimas ofrecidas ni el pésimo servicio de los camareros. Nada de esto le echó para atrás, pero con lo que ya no pudo fué con el maricón que se subió al tablado y se lió a contar chistes más viejos que el general Prim. Ante aquello, el andorrero se fue a la calle y, aunque por aquellos barrios no abundaban los lugares llevaderos, se dió con un barecito donde se puso morado con el

fino con que empujó la fuente de salchichón con ensalada de cebolla que se metió entre pecho y espalda.

El andorrero, ahora, piensa que es posible que su recuerdo exagere una miaja al hablar de la sala de fiestas Zapico, pero la verdad es que en ninguna otra parte se encontró con espectáculo semejante.

Cerca del Guadalquivir, a espaldas del Arenal, estuvo el barrio que se llamó de la Mancebía. El andorrero no está muy seguro, pero cree que ese barrio pudo ser, a principios del siglo XVI, el nefando lugar donde creció y tomó fuerzas el “mal español” que se extendiera, como un rayo, por el pellejo de Europa. Al “mal español”, los españoles le llamaban el “mal francés” o “morbo gálico”. El andorrero piensa que lo dirían por patriotismo.

También pudo ser ese barrio el que le dio el disgustazo al ilustrado don Pablo de Olavide, cuando ordenó que se quitasen de allí tantas cruces, vírgenes y santirulicos de hornacina que aquellos callejones adornaban y que, bien mirado, allí pintaban muy poco. A don Pablo, por aquellas ordenanzas, le acusaron de hereje, masón, infame y miembro podrido de la religión y, la verdad, es que no era para tanto. Lo que sí es cierto es que las piculinas sevillanas son muy dadas a la oración y el andorrero las ha visto llenar la iglesia de San Lorenzo, rezando ante la imagen de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, con una devoción de lo más ejemplificadora.

—¿Es que, según tú, sólo pueden rezar los ricos? -dice Paco, el de la Boina.

—Bueno, macho, calla la boca, que tú saltas por cualquier nadería...

Ya se habrá advertido que Paco, el de la Boina, es muy suyo y funciona según unos códigos que él se sabe y unas razones propias que no se molesta en explicar. Un domingo por la tarde, cuando el andorrero, tras los cristales del café de La Campana, se complacía en el dulce oficio de mirar, que decía don Luis de Góngora, a las

chavalas que con revolicio de faldas y andares de marquesonas pasaban por allí, a la hora del café, vió cruzar a Paco que le saludó al paso y sin ademán de pararse. El andorrero corrió en su busca, para invitarle a lo que quisiera, pero el otro no quiso entrar ni a rastras en un lugar tan elegante.

–Mira, yo tengo promesa de no entrar en un bar de señoritos, así que si quieres convidarme, vamos a donde yo te diga.

–De acuerdo.

Paco y el andorrero se colgaron de un tranvía que iba para el barrio de los Remedios, al otro lado del puente de San Telmo, y al llegar, se metieron en una tasca que está a las espaldas de la avenida de la República Argentina, donde se pusieron tibios de vino peleón con tripas a la sevillana. Al salir, en un baratillo que por allí había, el andorrero se compró “Los Hijos de la Ira”, un libro de versos que le gustaron mucho.

–¿Ves? -decía Paco, el de la Boina- Con la mitad de lo que te ibas a gastar en un ratillo, nos hemos pasado toda la tarde y, encima, te ha sobrado para comprarte una novela.

Paco y su acompañante, entre dos luces y parándose a repostar en donde les daba la gana, se dieron un paseillo hasta el Altozano, mirando al mujerío y quedándose con ganas de muchas cosas. El Altozano es una placita muy animada en donde cualquiera puede perder el tiempo postrimero de un domingo de otoño sevillano, cuando los últimos paseantes remusgan el trabajo del lunes, pero se aguantan y consuelan diciendo que el trabajo es salud.

–Eso de que el trabajo es salud se lo inventó algún fulano que no había dado golpe en su vida.

–Eso me parece a mí.

El visir sevillano Ben Muhamad el Habbib -el nombre de este señor es muchísimo más largo, pero por algún sitio había que cor-

tar- a mediados del siglo XI escribió los versos que aquí se copian de la mejor manera que se puede y se recuerdan:

Cuando ofreces el vino de tus mejillas
encendidas de pudor,
no soy el último en beberlo
pues a este vino lo hacen generoso
los ojos de quienes te hacen ruborizar
y, al otro, los pies de los vendimiadores.

Por lo que se desprende de este poemilla, el tal visir debió de ser un hombre enamorado y, aunque su ley se lo prohibiera, bastante partidario del vino de La Palma del Condado.

—¿Y por qué de La Palma del Condado?

—Porque es un vino buenísimo.

Pasaba el andorrero, alguna. que otra vez, junto a los viejos muros del convento de San Leandro, lugar famoso en toda la redondez del universo mundo por las exquisitas y renombradas yemas que, en su recinto claustral, elaboran las monjas que allí se encierran. El andorrero, que no es muy galgo y está poco acostumbrado a pastelillos y niñerías, piensa que no hay tanta diferencia entre las yemas sevillanas y las que se fabrican en Ávila o en Alcalá de Henares. Si alguien pone a las unas sobre las otras o viceversa, más que por nada lo hará por el aquel de la patria chica.

El rey don Pedro I de Castilla, al principio de su borrascoso reinado, mandó labrar la maravilla mudéjar del alcázar de Sevilla y la cosa le salió a pedir de boca.

Caminaba el andorrero bajo las nubecillas que anunciaban el invierno, paseaba con el ánimo en paz y el amor en los dedos, callejeaba en su tiempo de ocio por los lugares que ese amor prendió en su memoria, por donde antaño estuvo el Compás de Sevilla antes de que, en el llamado siglo de las luces, lo derribara el moralista gobernador marqués de Monteaudo. El Compás sevillano fue el

palenque donde llevaron a cabo sus hazañas muchos y viejos amigos del andorrero que por allí pasaron o plantaron sus reales: el buscón don Pablos, Rinconete, Cortadillo, don Gregorio Guadaña, la Garduña de Sevilla, el escudero Marcos de Obregón, Estebanillo González, Guzmán de Alfarache y el capitán don Alonso de Contreras. También pasó, carne de gurapas y cuero de corbacho, Ginés de Pasamonte y, por aquellas esquinas abrió casa llana la muy hermosa Fregalinda la Moscatela, moza de prendas y de empeños por quien perdió la poca cordura que tenía un poeta terracampino que se nombró don Martín de Frómista. Hay quien asegura que la raíz y tronco de toda esta gallofa, la venerable madre Celestina, arrastró sus andularios por aquellos polveríos, pero esto es cosa. en la que no se ponen de acuerdo los autores.

En el alcázar sevillano, don Pedro I, el Justiciero, se cargó a su hermano bastardo, el maestre don Fadrique. El tal don Pedro, para eso de cargarse a los que le caían mal, no era muy mirado en lo tocante a las circunstancias, parentescos ni decorados.

—Y a mí que me es simpático ese don Pedro a pesar de las muchas cosas que de él se cuentan...

—Lo mismo me pasa a mí.

El andorrero, por los asuntos que concernían a su hacer, cruzaba el río y se acercaba a las oficinas y tinglados de las Obras del Puerto. Luego, si no tenía otra cosa que apañar subía hasta Triana.

—A mí, Triana, me tira mucho. Triana es un barrio muy llevadero, en el que te encuentras como más suelto, como más desabrochado. En Triana, se ven menos guardias que en otros sitios, se dan los buenos toreros, los buenos bebedores de vino, las chavalas bonitas y nadie se fija en si llevas los zapatos sucios o en lo arrugados que lleves los pantalones. Allí, los camareros te tratan con más confianza y, además, Triana es la capital del cante.

—Eso es mucho decir.

–Sí; eso creo yo, que es mucho decir, pero yo le cuento lo que me han contado, aunque sé que hay otros que dicen que la capital del cante está en los Puertos.

–O en Jerez.

–Si. También dicen que en Jerez. Pero vamos a dejarlo porque yo no soy muy porfiado y, a lo que parece usted no entiende mucho de cante.

El interlocutor se echa la gorra para atrás, toma un sorbito de la copa y pone el pie en el escaloncillo del mostrador. Luego se arranca:

–Pues mire usted, amigo, si le digo mi verdad, hay dos cosas en el mundo de las que nadie se las sabe todas, los toros y el cante. Tanto lo uno como lo otro vienen de muy lejos y, como todo lo que de allí viene, tienen su intrínquis, su misterio y el misterio es algo que siempre se escapa de las mallas de la sesera más fina. Los sabios, a fuerza de culo y codos, podrán dar con el búsilis de la maldita bomba atómica o descubrir eso de la penicilina que, según dicen, lo cura todo, menos la vejez. Pero por mucho que se cansen, nunca darán con el por qué de ese recusaje que te pone un repeluz desde el cogote hasta la corcusilla, cuando se escucha una siguiyria bien cantada o se ven marcar, como Dios manda, los tiempos del volapié.

–Tiene usted razón.

–Pues claro que la tengo, amigo, claro que la tengo. Pues anda y que no tiene bemoles la carga de leña. Pero bueno, volviendo a eso de las capitalidades, le diré que, si Triana es la capital del cante no es ni más ni menos que porque hasta aquí se acercan todos los cantaores de la sierra o de la campiña, de la mina o de la orilla de la mar porque saben que en Triana hay corte y cobijo para todos y nadie te pide el carné de identidad. Y como cada cantaor tiene su estilo y cada cantaora tiene sus variantes y cada instante tiene su acierto y cada oreja tiene su eco y cada guitarrista pone los dedos

sobre el traste como le da la real gana, aquí, en Triana, se canta de todo y es muy difícil echar una raya o las rayas de la primacía, como lo es echarlas para deslindar cantes y cantes, que si lo hondo que si lo liviano que si lo chico que si lo grande que si lo uno que si lo otro y todas esas cosas que, como los árboles de lo oscuro, hacen que los caminos del cante sean tan inciertos, también tan emocionantes como una veredita al anochecer. Y, por otro lado, para qué quiere usted meter en explicaciones lo que no tiene explicación. Las cosas que son de verdad no pueden explicarse, como no se explica la sonrisa de una mocita ni el aleteo de un pájaro. Usted, amigo, no haga mucho caso de historiadores, eruditos y estudiosos que, aunque son hombres de buena voluntad, lo único que hacen es enredarlo todo y sacarse unos palabros que no hay quien los entienda. Yo, cada vez que escucho decir melisma en vez de jipío, me llevo unos berrinches de muerte. Lo cierto, cierto que le puede decir nadie del cante es que hay que oirlo y lo demás son gaitas...

El andorrero piensa que a su interlocutor no le faltan razones para hablar como habla, aunque tampoco le vendría mal el ponerse una chispa menos radical. Puesto que ya el negocio presenta tanto barullo, no le vendría mal el pintarse unas líneas maestras, apañar un esquema y puntualizar una miaja a fin de no acabar confundiendo el culo con las témporas.

—Por mí, haga usted lo que quiera...

El andorrero piensa que esa tan grande y primera división que se hace del cante flamenco, al separar el grande del chico, no se hace por poner o quitar cualidades a uno u otro. El andorrero piensa -y lo más fácil es que se esté columpiando- que eso de lo chico y de lo grande, aparte de querer poner puertas al campo, puede ser algo parecido a lo que hace la preceptiva literaria al separar las estrofas en arte mayor y menor. Una octava real es arte mayor y las Coplas de don Jorge Manrique, arte menor. Y las octavas reales son más pesadas que matar una mula a besos, cuando las Coplas dichas es el mejor poema que se haya escrito en castellano. Un romance de

ciego es arte menor y, arte mayor, la Soledad Primera de don Luis de Góngora y, en este ejemplo, ocurre lo contrario que en el ejemplo anterior. Por eso, lo de lo chico y lo de lo grande no parece cosa de mayor sustancia, que el cantaor hace el cante y no el cante al cantaor. El andorrero piensa que el cante lo inventaron los perseguidos y, cuando uno anda a las escondederas, no se puede parar a dar explicaciones.

Juanjo, un amiguete del andorrero, no el que dice que es poeta, sino otro que es de Almería y lee el latín de corrido, agarró un papelajo y le fue apuntando el esquema ese del cante hondo, con lo de los troncos primordiales de las tonadas, las siguiriyas y las soleares, pero como en aquel momento estaban liados con una botellita que sabía a gloria y no era cosa de perder el tiempo, el andorrero se echó el papel al bolsillo y cuando fue a consultarlo, después de muchos días, se lo encontró tan tazadillo, tan emborronado y con la letra tan temblona, por lo de la botellita que se dijo que aunque se lo quiso aprender para andar presumiendo de entendido, a estas alturas no sabe si le servirá de algo lo poco que pudo dilucidar de aquella apuntación que, por otra parte, decía todo lo contrario de lo que sobre el cante flamenco ha leído el andorrero en otros lugares.

—¡Cuando yo le digo...!

—No me diga nada que a mí hasta me han dicho que el cante lo inventó un moro que vivió en Zamora...

—Lo que yo le quiero decir a usted -insistía el interlocutor que ya se ponía repetitivo a fuerza de darle a lo que estaba bebiendo- es que el misterio nunca se aclara porque, entonces, dejaría de ser misterio. Lo de las gentes perseguidas, judíos, moriscos, cristianos sin dinero y gitanos a salto de la mata es cierto. Luego vinieron el Nitri, el Mellizo, Silverio, Curro Dulce, Mercedes la Serneta y algunos más que dieron categoría al arte. Pero el misterio sigue ahí. Yo me digo que si ese misterio se aclarase, hasta entenderíamos mucho mejor la historia de España.

Godofredito Martínez tenía poco más de tres años, lengua de trapo y estaba pasando unos días en Sevilla, con sus padres, en la misma pensión en que paraba el andorrero. El niño, con su media lengua, soltaba cada palabrota que hacia reír a los huéspedes, pero que a su mamá le ponían un cabreo que le arrastraba. La vez que el Godofredito se encerró en el cuarto de baño, atascó el inodoro y se lió a tirar de la cadena lo tuvieron que sacar de allí por un ventano y medio ahogándose. Su madre, regañándole, le decía:

—¿Por qué lo has hecho, so tunante?

—Porque me ha salido de los cataplínes -contestaba el angelico y su madre cambiaba de conversación, por no matarlo

En el barrio de Triana están las iglesias de Nuestra Señora de la O y la capilla del Patrocinio, sede de la cofradía del “Cachorro”. También, la iglesia de Santa Ana, famosa por las fiestas y bailoteos que a su amparo se organizan esas noches de julio, cuando el amor arrecha como un garañón en celo, se sudan los kiries y pintan las uvas. En el mismo barrio, en un callejón maloliente que baja hasta el río, estuvo instalado el Tribunal de la Santa Inquisición.

El andorrero, para poner punto a lo que empezó a decir y no acabó del cante, que el cante es mar proceloso donde el mejor marreante naufraga, quisiera decir que, entre todas las formas, estrofas, estilos, músicas y variantes que conoce, ya sean polos, cañas, fandangos, livianas, tarantas, puebleras, siguiரியas o alboreás, el que más le conmueve, si sólo se fija en el son, es la minera. Si atiende a la letra de la copla, el que más le encandila es la soleá. La soleá, para el andorrero es la quintaesencia de la poesía popular y de la poesía de los letrados.

Escribir una buena soleá es más difícil que enjaretar un buen soneto, que es mucha ciencia eso de meter en tres rengloncillos, en veinticuatro sílabas cabales, un pensamiento, un sentimiento, un gozo o un alarido. El poeta que escribió las mejores soleares del mundo fué el sevillano don Manuel Machado y, como muestra, baste un botón:

Tu calle ya no es tu calle,
que es una calle cualquiera
camino de cualquier parte.

Y por si ésta no bastara, allá va esta otra:

Pobretico del que espera
que, entre el ayer y el mañana,
se va muriendo de pena.

Agustín Ferrán, el que fuera tan amigo de Gustavo Adolfo Bécquer, y el erudito don Agustín Durán, el tío de los poetas Manuel y Antonio Machado, también las hacían buenas:

La soledad no la encuentro
que mientras la voy buscando
mi sombra me va siguiendo.

Misteriosas y con olor del mar desde la tierra adentro, las escribió el gaditano Rafael Alberti:

Je, compañero, je je ...
Un toro azul por el agua
y apenas si se le ve.

No fueron peores las de don Fernando de Villalón, marqués de Miraflores de los Ángeles, poeta macho y ganadero de reses bravas:

Puente viejo de Triana
yo he visto un lucero muerto
que se lo llevaba el agua.

Rafael Montesinos, sevillano de pro, las escribe:

Que nadie se llame a engaño,
todo el que vive por dentro,
por dentro se está matando.

Manuel Mantero, sevillano también, con su mijita de retranca y cachondeo se deja caer así:

Si tendré formalidad
que fuí el primero que se hizo
el carné de identidad.

En manos de otros poetas, la soleá se aploma en el concepto, en el pensamiento se ahonda y, aunque no sean para cantar, son buenas para meditarlas, como esta de Ramón de Garciasol:

Este silencio me diera
el secreto de la vida,
pero han llamado a la puerta.

Eduardo Alonso, madrileño, pródigo en versos, vinos, amores y caudales, bohemio melancólico y amigo de sus amigos, las hilvanaba de preciosísima manera:

Mis manos están vacías
de tanto dar sin tener,
pero son las manos más.

No se puede olvidar el andorrero de las que escribiera don Antonio Machado:

La vi un momento asomar
en las torres del olvido.
Quise y no pude gritar.

Entre las muchas soleares de autor anónimo que el andorrero guarda en la memoria están este par de ellas:

Mira si tengo talento:
con las patas de una araña
me hice un molino de viento

o la que dice:

Te tienes que retratar
enseñando casi tó
sin que se te vea ná.

Y, para acabar, esta que es la cumbre, la gloria de la mística española:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

La guitarra -maja desnuda de la música popular, como la llamó no se sabe quién-, cuando acompaña el cante por soleares, bien se enreda conmovedora, bien se estira postinera. El preludio del cante es largo, pero es tan dulce o, a veces, se hace tan retador que se hace corto.

En cuanto a la minera, el otro cante que se prefiere, se canta a palo seco, sin más acompañamiento que los jadeos del pecho y aunque aquí se quisieran copiar las letras no se podría hacer porque el son doliente y desesperado del cantar no le deja a uno fijarse en lo que cuentan las palabras y sí en ese arañazo que se siente sobre la piel de las venas. Por otra parte, el polvo que se amasa en el gañote, el garrujillo que se mete entre los dientes y la silicosis que hace su nicho en los pulmones no dejan que las palabras del minero se entiendan muy bien.

—¿Y con tan poca cosa despacha usted el capítulo del cante?

—Yo no despacho nada ni a nadie, que eso no es lo mío. Yo sólo he dicho lo poco que sé y algo de lo que me supongo, pues bien me sé yo que este negocio es para gente más talentuda que un servidor. Y ya que estamos en ello, que nos pongan una ración de boquerones y otros vinos que tengo la boca seca y el gusto de convidarle.

—Se agradece.

En el barrio de Triana, cuando se alterna, hay que saber corresponder porque si no se hace así, enseguida lo calan a uno y se le pone fama de gorrón, cosa que, en Triana, como en cualquier otra parte del mundo, está mal visto y peor consentido.

Pasaba por Triana un tipo flaco, joven, con gafas de alambriillo y pelos largos. Una mochila muy bien arreada le colgaba de los lomos y el tío se pasaba la vida tomando el sol o tomando una copichuela.

—¿Quién es?

—Le dicen don Martín y, según cuentan, es un poeta social...

En el barrio de Triana trabaja, más o menos, todo el mundo. Los que trabajan menos no lo hacen por su gusto, sino porque no se lo permiten las circunstancias y el paro estacional. El paro estacional, más bien endémico, es un contradiós que irrita a los hombres de buena intención y angustia a las mujeres de mayores resignaciones.

Una de las veces que el andorrero asomó por Triana, recién vuelto de los Madriles, buscó a los componentes de la cuadrilla que le había asistido en sus tareas del año anterior. Apoyado en una esquina, al sol de mayo, barba de cuatro días y gesto de mal café, se encontró a Paco, el de la Boina.

—¡Menos mal que ya estás aquí! ¿Me puedes dejar cien duros?

El andorrero, que venía con dinerito fresco, echó mano a la cartera.

—Toma. ¿Qué te pasa?

—¿Qué quieres que me pase? ¡Me caso en el aire! ¿Qué quieres que me pase? Que en todo este invierno no habré echado ni cuatro peonadas y tengo más trampas que una película de chinos...—¿Tan mal anda la cosa?

—Fatal.

En la barra del bar donde se entraron, Paco se explayó contando que, para comer casi todos los días, aunque no se cenara casi ninguna noche, había tenido que recurrir al empeño de su poco ajuar y a un prestamista de los de a peseta por duro.

—¿Y los otros?

–Bueno... El Andrés está soltero y, además, ha tenido suerte. Allá, para la Candelaria, le pilló un camión en la Gran Vía y lo han tenido en el hospital hasta hace poco, escayolado de arriba a abajo, pero comiendo caliente tres veces al día. El Rodrigo, como es medio bobo, ni siquiera se da cuenta de que pasa hambre.

El andorrero no es que tenga plantados sus reales en Triana, sino en una pensión de la plaza de San Fernando, cerca del ayuntamiento, pero, siempre que tiene lugar, se va para Triana que es barrio de mucha luz, gente como Dios manda y chavalas que están muy bien. Las trianeras y las macarenas y las cartujanas, bueno, todas las mocitas de Sevilla están la mar de bien. Las chavalas de Sevilla son las que lucen las pantorrillas más bonitas de España.

–Eso ya lo has dicho antes.

–Bueno, y qué. Por eso no deja de ser verdad.

–¿Y tú que sabes, so desgraciado, si nunca las has probado?

–Pero me lo figuro. ¿Ves? Una de las cosas que menos me explico es por qué se fueron a ligar por esos mundos el don Juan Tenorio y el don Luis Mejías, con la cantidad de chavalas bonitas que hay por estos ruedos...

Las mocitas trianeras son morenuchas y de airoso caminar, en la Macarena abundan las rubias de cabos finos, las cartujanas tienen los ojos profundos, marchoso el bamboleo de sus faldas, el pelo suave como el plumón del buche de un palomo y una lengua de la que más vale no acordarse. ¡La Virgen y qué lengua más desesperada tienen las mocitas que trabajan en la Real Fábrica de Loza de La Cartuja! Que se lo pregunten al andorrero que una vez se tropezó con una, sin querer y sin malas intenciones, y lo pusieron como a hoja de peregil.

–¿Y las que trabajan en la fábrica de tabacos?

–Pues no sé. Con esas no tuve mayor tropiezo...

Pasaba por Triana un tipo alto, pinta de estudiante trotón y apicarada la sonrisa. Unos botos enterizos le llevaban a todas partes y, de vez en cuando, se le veía en cualquier tasca degustando las variedades del pescadito frito.

—¿Quién es?

—Le dicen don Martín. Según tengo entendido, es confesor de infantas zangolotinas...

En tiempos del rey don Enrique IV, el calumniado, se desató sobre el cielo de Sevilla una ventolera de tan desaforadas proporciones que, según cuentan las crónicas, hasta se vió volar por los aires a una pareja de bueyes uncidos, con el arado colgando y el labrantín pidiendo socorro. El vendaval derribó parte de las murallas, la puerta de Jerez, un par de torres, un buen montón de casas y sacó al Guadalquivir de madre. Cuentan que los niños chicos, algunas monjas de clausura, dos o tres poetas líricos y otras gentes de parecida imaginación vieron desatarse, sobre o bajo las nubes enfoscadas que cubrían la ciudad, todo un ejército enloquecido de jinetes ululantes que arremetían, a punta de lanza, contra todo lo que les salía al paso. Cerca de dos horas se mantuvo el huracán, dos horas mortales. Cuando la cosa pasó y la gente se atrevió a levantar cabeza, los muertos se contaron por docenas y las gentes sin ajuar ni abrigo, por centenares. Los curas, con sus latines, se echaron a la calle en rogativas y los frailes se desmandaron con sus prédicas del fin del mundo y, como de costumbre, achacando aquel estrago a los judíos quienes, tras sufrir las penas del agua y del viento, como todo el mundo, también tuvieron que soportar las del fuego, la espada y el saqueo.

—¿Y por qué no hablamos de los toreros?

—Es que de eso yo sé muy poco y, contra más, el hablar de esas cosas en Sevilla es bastante difícilillo por el aquel de las escuelas rondeña y sevillana. A mí me parece que eso de las escuelas es cuestión de gustos, pero a los partidarios de una o de otra no hay quien los traiga a razones y se pasan la vida con lo del compás abierto, las

manos bajas y cargar la suerte. En la escuela rondeña, el capote dibuja el lance como el vuelo lento de la golondrina que arrastra el ala a flor de tierra; en la sevillana, lo hace más revoloteado y gracioso, como el vuelo del gorrión. Ya digo, cuestión de gustos. Y de los toreros, pues ahí los tienes, sevillanos de romance, otros cumplieron y otros, los más, se quedaron en las cunetas de la mala suerte. Lo que siento es que nunca estuve en la Maestranza porque cuando tenía dinero no había toros y, cuando los había, estaba sin un chavo...

Frasquito Lucas, el de la Emiliana, era un chaval espigadillo y pinturero que, con verdaderos derroches de fantasía, se veía en letras gordas sobre los carteles de toros de un futuro soñado. Su nombre artístico, Currito Espiga, se lo puso el maestro de obra prima que abre su tenderete junto al puente de San Telmo, el señor Miguel, el del Azúcar, que es un hombre con mucho talento en eso de los nombres y que tira para poeta. El Frasquito Lucas trabajaba de limpiabotas en el bar de Manolo, el de Morón, mismo en la calle de la Azucena, y los ratos en que le aflojaba la clientela, que era casi siempre, no siendo domingo, echaba para adelante la pierna contraria, alargaba los brazos y, con los dedos índice y corazón bien estiradillos, se dibujaba unas verónicas ganándole el terreno al bicho que eran cosa de ver: Manolo, el amo, le dejaba hacer porque, aparte de esto que se cuenta, el Frasquito era un chaval muy bien mandado que no se metía con nadie.

Lo malo era que Frasquito, lo más cerca que se había puesto de un toro, en sus dieciocho años de vida, fue la tarde que se metió en el cine para ver la película de Conchita Cintrón "Mi Reino por un Torero" y como el muchacho, llevado de su muchísima afición, se había colocado en la primera fila de butacas, acabó mareándose de lo cerca que estaba de la pantalla. El andorrero, que algunas veces se limpiaba los zapatos, acabó amistando con el chaval y hablaban de Pepe Luis Vázquez y de los toros de don Carlos Núñez.

La última vez que el andorrero le echó la vista encima a Frasquito Lucas, el tío estaba aguantando una esquina de la calle de Bustos

Tavera, con un cacho de trompa que no se lamía y canturreandose un tanguillo para él sólo. Más tarde, se supo que la castaña la había empalmado alternando con unos ingleses a los que les enseñó los jardines del Alcázar, y a base de marrasquino de lo caro. Los ingleses, claro está, que habían sido los paganos del jolgorio, como estaban menos acostumbrados a brebaje tan violento, a aquellas horas estaban durmiendo como bienaventurados junto a las tapias del campo de fútbol del Real Betis Balompié, menos una chavala con gafas que se llamaba algo así como mis Mallory porque a esa, en lo tocante de echar por el piquito, no había cristiano que la acostara.

—¿Y de otra manera?

—De otra manera, no sé, que yo nunca lo he intentado ni el Frasquito Lucas tampoco, porque a nosotros, las chavalas tan altísimas y con gafas de concha no nos van.

Juanjo, el poeta, ese amigo del andorrero que siempre habla cuando menos falta hace, le decía a su amiguete:

—Cuando mi amigo Joaquinito Caro Romero ganó el premio Adonais, se gastó lo cobrado en vino para la gente y en claveles para las chavalas. Y cuando mi amigo José Antonio Ramírez Lozano se llevó el premio del ateneo de Valladolid, se gastó los cuartos en yemas de San Leandro, para obsequiar a sus amistades, y en patatas con rabo de toro, para su propio disfrute.

—¿Y eso a qué viene?

—A nada, pero como los dos son sevillanos...

El andorrero, después de llevar tantísimo rato hablando de Sevilla, se ve en la obligación de decir que lo que más le gustó, de cuanto viera en tan hermosa ciudad, fue aquella rosa de abril y única que se abrazaba a una columnilla de adorno que hay en uno de los parterres del parque de María Luisa, conforme se salía de la plaza de España. Era un rosetón grande y vistoso que guardó su frescura de primavera durante muchas mañanas y a la que el andorrero mira-

ba con arrobo cada vez que pasaba por allí, a la busca del rancho cuartelero. La rosa, como todas las rosas del mundo, acabó marchitándose un atardecer de primeros de mayo, entre un llanto de pétalos arrugados y la inenarrable melancolía de su contemplador que aquella noche, desvelado, estuvo a punto de dedicarle una elegía, cosa que, a Dios gracias, no llegó a hacer, no por nada, sino por no parecerse a don Pedro Calderón de la Barca ni a don Juan Ortiz de Zárate que son unos poetas bastante rollos.

Y, ahora, cuando llega la hora de callarse o de hablar de otra cosa, el andorrero piensa que no contó ni la mitad de lo que en Sevilla gozó y aprendió; que habrá, en su decir, algunas lagunillas de mucho bulto y altura, seguramente, que se le habrán trasconejado en los recovecos de la memoria. Pero también piensa que es mejor que sea así, por no cansar orejas ajenas y porque Sevilla es tan grande, tan sonora y tan hermosa como el mar que a ver quién es el guapo que se pone a contar las arenas de sus playas o las encajerías de sus olas.

DONDE SE ANDAN O SE NADAN LAS ISLAS DEL GUADALQUIVIR

Cuando el andorrero sale de Sevilla, siguiendo los rumbos del sol, lo hace río abajo, embarcado en un viejo remolcador de las Obras del Puerto, casi tan fino como la brisa que llega del parque, casi tan esbelto como un lirio que se desmaya, casi tan airoso como un piropo bien traído. Cuando el andorrero, a bordo del remolcador, navega por las aguas del Guadalquivir, y algunas veces por alta mar, se siente, más que andorrero, capitán pirata, navegante afortunado.

Cuando el andorrero fuma sobre cubierta, todas las virutas chisporroteantes de su tabaco de picadura se le meten en los ojos o le queman la camisa pues el hombre todavía no aprendió que no se debe fumar a barlovento.

El remolcador, que bien pudo ser botado allá, por los tiempos de la Exposición Hispano Americana, enmorenado de soles, humedades y calafates, viene a tener unos diez metros de eslora, cuatro de manga y dos de puntal, alta chimenea de cabellera despeinada, toldilla de mantón aceitunero, bote a remolque y desplazará unas cien toneladas. Cuando el remolcador sale del puerto sevillano, para un viaje de quince días, no luce mucho su apostura porque el carbón con que se sobrecargó no le cupo en la bodega, se amontonó en cubierta y le agacha el bauprés, hunde su línea de flotación y lo pone todo perdido de negruras. Cuando regresa a la dársena sevillana, a la caída de la tarde de los viernes alternos, ya parece otra cosa

pues descargado de su mucha impedimenta y de parte del pasaje que acostumbra a quedarse en Coria del Río, se remoza y asciende marchosillo, como señorita pinturera, aguas arriba y animado por el barrunto de los dos días de descanso que va a disfrutar en el muelle de las Obras del Puerto.

Los lunes alternados, por la mañana, la marinería se desayuna con aguardiente del más duro; el pasaje, es decir, el andorrero y su gente, se conforma con el tradicional café con churros que toman mientras ven salir a los barquitos de los prácticos que se largan buscando la barra de Sanlúcar. El puerto fluvial se anima con los barcos que se abanderan bajo todos los pabellones del mundo. Los grandes mercantes norteamericanos, los más pequeños suramericanos, alguna lancha cañonera de la marina española, los cargueros ingleses que se llevan las naranjas, el carbonero que todavía guarda el recuerdo de las nieblas del norte, el yate francés que tripulan unos fulanos con barba y pantaloncillos cortos, los paquebotes que llevan el correo a las islas Canarias, la barcaza, que están carenando, los faluches que mercadean en las islas del río, los barquichuelos que bajan a camaronear a la punta de Chipiona, los vaporcitos de las empresas constructoras y el botecillo del contrabandista por lo menudo, cada uno a su tiempo o todos a la vez, arman tal guirigay que el andorrero que está revisando el equipaje y bromeando con su cuadrilla, piensa en todas sus lecturas de avatares marineros y en todas las películas de piratas que lleva vistas. Las órdenes voceadas, el chirrido de los cabrestantes, el golpear de los martillos llenan la mañana. Un idioma, que es nuevo para el terracampino y unas viejas palabrotas que no sorprenden a nadie mandan la maniobra.

—¡Orza a babor!

—¡Suelta el cabo!

—¡Cía, vía!

—¡Vete a hacer puñetas!

El andorrero, poco a poco, se va haciendo al lenguaje de la mar. Ya medio sabe lo que es un noray y lo que es el botalón, sospecha lo que puede ser el escobén, la roda y el gualdrín, medio huele lo que es un pasacaballo, distingue lo que es babor y lo que es estribor, popa, proa, barlovento y sotavento y medio supone lo que serán los encorchapines, las serviolas, los imbornales y las cabillas del timón. Muchas veces se equivoca al utilizar estos voquibles recién aprendidos y, al confundirse, confunde a los demás pues ya se sabe, como dice Tobalo, el marinero, el andorrero está más guapo cuando está callado.

—Y cuanto más callado, más guapo.

Entre los tinglados y los barracones del puerto, una fauna variopinta en la que se integran todas las razas, colores y religiones de los siete mares, se mueve trapicheando con el café de café que llegó de La Guinea, los cigarrillos norteamericanos, las medias de cristal y las batidoras que trajeron de las islas Canarias y los relojes de pulsera que se pasaron de Ceuta y Melilla. Es este un mercado familiar y clandestino, en el que la mujer y el chico hacen de ganchos o de avisadores, que viene muy bien para suplir parte de las muchas escaseces y para que la gente que anda con una mano adelante y otra detrás se saque unas perrillas que la remedian. Los mercachifles del puerto de Sevilla son buenas gentes que no engañan a la clientela ni en la calidad de la mercancía ni en la procedencia de los productos y que, si preciso fuera, fiarían hasta el sábado, cuando se cobra. Los cuatro o seis policías que prestan sus servicios en los muelles no se preocupan demasiado de este trapicheo y, algunas veces, hasta se llaman a la parte.

Zumba la sirena del remolcador, se retira el puente, se sueltan las últimas amarras y el barco hace la maniobra, buscando el centro del cauce para ponerse en franquía. El andorrero, sentado en la popa, ve Sevilla a su derecha, Triana la ve a su izquierda y frente por frente el puente de San Telmo que se está abriendo para dar paso a un carguero de buen tamaño.

Juanito Cuende, llamado el Emigrante, es un golferas que anda a la busca por el puerto sevillano. Un día que estaba medio pintón se encontró una cartera bien repleta de billetes ingleses y, como el hombre no estaba muy puesto en eso de las divisas, se pensó que los billetes eran de anuncio y se entretuvo en hacer con ellos barquitos de papel que el agua se llevó hasta donde quiso llevárselos. Cuando al Juanito le explicaron la barbaridad que había hecho, a poco se muere del berrinche. Lo peor fue que la policía, que no se tragaba aquello de los barquitos hasta que no encontraron unos pocos en la Punta del Verde, a poco lo liquida de la somanta que le cascó.

–Eso me pasa por no saber inglés -se lamentaba el Juanito.

–Si, compadre -le animaba Rafael el de los Chozos-.Que hoy, sin saber idiomas no se va a ninguna parte.

Gallardebaba el remolcador entre las barcas de los mariscadores y no se achantaba entre las moles sombrías de los mercantes norteamericanos. Con el humo de la chimenea echado para atrás parece una señorita desmelenada. A favor de la corriente y también de la marea, el remolcador, que por cierto, se llama “El Giralda”, hace los nudos previstos a pesar de la sobrecarga que lleva. En cubierta, pasaje y marinería se tropiezan a cada paso. Tobalo se llega al andorrero y pregunta:

–Que dice el cocinero que cuándo quieres trapiñar.

–Ya mismo.

Al andorrero, en “El Giralda”, lo tratan a cuerpo de rey. Como está tan delgadocho, Félix, el cocinero, ha hecho cuestión de honor el engordarle y, en cada cena o comida, le planta unos escriños de salchichas con patatas que lo dejan frito.

Navega el remolcador hasta la Punta del Verde para esperar allí más o menos rato a que se abran las esclusas que salvan el desnivel que impuso al Guadalquivir la corta de Tablada. Cuando el remolcador sale a aguas abiertas y el río pierde su aspecto portuario, para

volverse río de los de verdad, el paisaje se abre por las dos bandas hasta mucho más allá de lo que alcanza la vista y la memoria.

Encaramado en los montones de carbón que no cupieron en la bodega, Andrés, el de Chucena, ensaya las artes de pescar con caña con los aparejos que se improvisó. Paco, el de la Boina, con las espaldas en la amura, toma el solecillo de octubre y lee una novelilla del oeste. Rodrigo se embaula el bocadillo de a cuarta que socaliñó al cocinero. El señor Juan fuma y timonea en la diáfana cabina del puente de mando. Joselito y Tobalo, los marineros, hacen como que hacen, asegurando el bote, amarrando la toldilla, liando un montón de cabos o liados con el zafarrancho del sollado de proa. Domingón y Jacinto, el Raspas, el maquinista y el fogonero de a bordo, no se ven. Los dos compadres, con su botellita de ginebra lo más cerca posible, enredan en los fondos del cuarto de máquinas. Si, alguna vez, asoman por cubierta, es lo mismo que si no asomaran, escondidos, como están, tras una espesa capa de grasa y carbonilla. Domingón pasa de las nueve arrobas y gasta gorra de plato; Jacinto, el Raspas, no llegará a los cincuenta kilos y lleva un pañolillo chulón atado al cuello. El pañuelo -quién sabe por qué- es rojo, pero al poco rato ya no hay quien sepa de su primitivo color.

La cámara de popa son los reales del andorrero. Sobre la gran mesa le extienden los manteles o él se extiende los papelotes y los instrumentos con que pelea; en los mullidos bancos corridos se sienta a leer bajo la lámpara eléctrica, cuando funciona, o bajo el arcaico foco de luz de petróleo si no hay otra cosa; dormir lo hace en un minúsculo camarote. Durante el día, la cámara de popa se ilumina con ocho ojos de buey, pero como durante el día el andorrero para poco en el barco, le da igual.

-¡Una gaviota, una gaviota! -chilla Rodrigo.

-¡Calla, niño! -grita Paco-¿No ves que es una avutarda?

-¡Una avutarda, una avutarda!

—¡Jo con el gachó, que cada día está más tonto!

Se iba quedando atrás el aeródromo de El Chopero; los huertos y las alamedas se cambiaron en naranjales y toronjiles entre los que se ven los cortijos de El Mimbral y de Santa Eufemia; el olor a azahares empalagaba el aire de las dos orillas del río cada vez más ancho sobre el campo cada vez más llano bajo la tersura del cielo cada vez más azul. La mañana está alegre y, ahora sí, las gaviotas firman el paisaje. A cada bordada y por estribor, se acercaba el embarcadero de Coria del Río.

El muellecito de Coria del Río siempre está atestado de embarcaciones. El muellecito de Coria del Río es de palo y, según vienen diciendo desde hace mucho, quieren ampliarlo y hacerlo de obra, pero por ahora hay que conformarse con lo que hay, con sus tablas medio podridas, llenas de verdín, peligrosos escalones, ausencias de barandillas y clavos que te destrozan la chaqueta en cuanto que te descuidas. “El Giralda”, que ya hizo su maniobra de atraque con la prontitud que le proporciona la pericia del señor Juan, el patrón, se queda a tres o cuatro barcos del malecón. Para llegar a tierra hay que trasponer la cubierta de un falucho, la de una barcaza carbonera y de un barquito de pescadores con las velas remendadas. A estas horas de pleamar, el desembarco no es difícil. Si la marea estuviera baja, habría que andar buscando un paso o trepando por este laberinto de amuras, obras muertas, palos y cordajes. Si, además, fuera de noche, como cuando se vuelve del cine o de tomar unos copetines, el riesgo al remojón se acentuaría si no hubiera quien alargase un cabo o una mano, puenteara un tablón, encendiese una linterna o aconsejara esperar a que suba la marea.

Si el muelle de Coria es chico, Coria del Río es pueblo grande, extendido a sus anchas y un tanto destartado. Sus casas son blancas hasta rabiarse de blancuras y sus gentes, entre campesinas y marineras, eligieron, para su escudo de armas, una barca en gules que navega sobre ondas de azur. El Bobo de Coria no nació en Coria del Río; el que sí es de allí es Rodrigo, el Bizcotelas, que sólo es medio

chusmeta. Coria, la del Bobo que pintara Velázquez, es un pueblo grandísimo, con obispado y toda la pesca, que se levanta junto al río Alagón, en la provincia de Cáceres. Coria, la cacereña, además de ser la patria del Bobo velazqueño, es lugar en donde se juega al naipe de maravilla; su ilustre hijo, Juan de Nepomuceno Pérez, le ganó treinta duros al andorrero jugando al póquer sintético.

—¿Y por qué jugaste sabiendo de lo que iba?

—Ya ves. Manías...

En Coria del Río la que sí nació fué María la de los Baños, que cantaba las alboreás mejor que el que las inventó. Su padre, que en gloria esté, el señor Ramoncico, el de los Baños, era una fiera para el aguardiente y cantaba las alboreás cien veces mejor que su hija.

—¿Y tú conociste al Ramoncico?

—Cuando yo anduve por Coria del Río, el señor Ramoncico ya había muerto, pero duraba su memoria.

Coria del Río tiene un parquecillo íntimo y precioso que huele a señorita recién lavada, un cine de verano lleno de periquitos y arrayanes, una plaza bien cumplida y un colmado en donde se compra el tabaco de estraperlo una chispa más barato que en Sevilla. Colmado, por las tierras del Sur, lo mismo puede significar lugar en el que se bebe y se canta, y algunas veces se riñe, que almacén, abacería, estanco o bodega, todo revuelto y a la vez. Entrar en el colmado de Coria del Río es un festín para el olfato por el achuchón de aromas que allí se establece. El olor a clavo y a canela, a vinos y aceites, embutidos y conservas, asaltan al visitante como le asaltan los colores de la nevada múltiple de los sacos de arroz desparramados, la plata vieja de las populares sardinas encubadas, la bandera roja de la manteca colorada, los mil colorines de las frutas y hortalizas y el negro brillante de los ojos de las mujeres. Los olores y los colores del colmado de Coria del Río son capaces de despertar la hambruna de los más inapetentes y, cuando se sale de allí, no hay más remedio

que llegarse a la tabernita de Sebastián, que pillá pared por medio, y echarse un remiendo en las tripas con el platito de paella que sirven con las copas.

—¿Cuántos hay que enchiscarse?

—Con un par de ellos ya se aguanta hasta la hora de comer.

En el colmado de Coria del Río, el andorrero se compró una pluma estilográfica baratucha y un sombrero de segador muy apañadete. La pluma la perdió entre los eucaliptos de la isla de Tarfía. El sombrero, a los pocos días de la primera puesta, se lo comió un camello de esos que acarrear el arroz que se cultiva y cosecha en las marismas de la isla Mayor, cerca del poblado de Alfonso Trece. Fueron estas unas pérdidas de las que el andorrero tardó lo suyo en consolarse, aunque, caritativo, se dijera:

—¡Qué hambre tendría el animalico!

En Coria del Río, el andorrero no hizo mayores conocimientos. Aquello era puerto de paso más que de estancia y acomodo. A lo más que llegó fué a alternar un poco en la taberna de Sebastián y en las otras cinco o seis más de que dispone el personal de este pueblo. También fue al cine un par de veces, hasta que se cayó al río y ya no se atrevió a salir de noche. El campo que rodea el caserío no es muy allá; claro que, cuando el andorrero caminó por allí, era tiempo de octubre y ya se sabe que la otoñada desmejora mucho el paisaje.

—¿Y no te diste con Lucía, la Cantarera?

—No. ¿Por qué?

—Pues no sabes lo que te perdiste.

Claro está que a los paisajes, los mejore o desmejore el calendario que corra, lo que más bonitos los pone es la fantasía que al asunto le dedique el espectador. En el páramo sin nadie, el andorrero ha visto, o eso es lo que él se piensa, a los mesnaderos del conde Fernán González haciendo la pascua a las huestes del rey Ordoño, igual que, en

la montaña de Barbastro, vió obispos guerrilleros arreando estopa a la morisma y, en la playa de San Xenxo, en Galicia, una sirena le contó la historia de las tres hermanas Dulciellas, convertidas en tres flores que nunca se marchitan, por amor de un pícaro juglar. En el perfil de Coria del Río, el andorrero entresnoñó la sugerente silueta de una ciudad oriental, con sus minaretes alzados a contraponiente y sus almuédanos desgañitándose en la oración vespéral. Habiendo afición contemplativa y ganas de pasárselo bien, todo puede ser lo que uno quiera y siempre complaciente, como puede ser el son de una acequia o el vuelo de una paloma. Por allí mismo, por donde el andorrero veía almiares y almuédanos, conforme se va a la estación del tranvía, se amontonaban los haces de palodulce cuyos palitroque amarillean la saliva, ensucian el estómago y ponen dulzores en el paladar. Dicen que, de esos palitroques, se saca el regaliz. El andorrero, al pasar, cortaba un palito con el que endulzaba sus andares y sus apuntaciones.

Mescurreando se fuma menos y eso es siempre un ahorro. El que se ponía morado de arrezú era el Rodrigo.

–Es que me quita el hambre.

–Sí, hijo, sí. Que lo que no te puede quitar es el talento.

Un domingo por la tarde, ya muy cerca de Santa Cecilia, como el andorrero no tenía ganas de meterse en el cine para ver “Un caballero Andaluz” y tampoco le hacía mucha ilusión el entrarse en lo de Sebastián para liarse de copas, se dejó a su gente en el barco jugando a las siete y media -luego le contaron que el Rodrigo peló a los otros- y se acercó al parque que ya se ha dicho bajo la tenue llovizna que de rato en rato se dejaba caer. El andorrero tiene estas manías y se lo pasa muy bien con ellas, como hacer no hace daño a nadie con estas cosas, él se deja hacer y a nadie le da cuentas.

El parque, ensortijado por la lluvia y solitario como una iglesia, que es como más bonitos están las iglesias y los parques, le brindó sus senderillos que se llenaban de hojas secas y de flores marchita-

das y el hombre anduvo por ellos. No hacía frío -en Sevilla nunca hace frío- y, cigarrillo en la boca y la cabeza a su aire, el paseante se iba acordando de otros noviembreros de su vivir, de otros pueblos de su andar, de otros parques de sus difuntos amores. Callaban los pájaros y el guarda municipal se asomó en su garita curioso del andorrero y, cuando comprobó que el tal parecía persona de orden, aprovechó la clara y se fue a echar un vino. El gorrión que nunca falta brincaba en la veredilla a la rebusca de su merendeta.

Al poco rato, asomó, por cualquiera de aquellos caminejos, una chavala jovencita. y muy mona que andaba arrastrando los pies, sólo por el gusto de hacer sonar las hojas secas que llenaban el sendero. El andorrero adivinó en ella a un alma gemela y más cuando la chiquita se sentó en un banco, cortó una flor y se quedó con la vista fija en las nubes corretonas. Cómo lamentaba el andorrero su timidez, su no atreverse a acercarse a la muchacha, pero el hombre, en esto de las chavalas, está tan escarmentado que lo único que hizo fué contemplarla desde lejos.

Cuando la muchachita se iba para su casa, el andorrero, viéndola marchar y entrarse por sus portales, se decía que qué pena que Pablo Neruda hubiera escrito aquello de

Puedo escribir mis versos más tristes esta noche.
Escribir, por ejemplo, la noche está estrellada
y tiritan, azules, los astros allá lejos...

Pensaba que si el otro no se le hubiera adelantado, esos versos los habría escrito él, aunque la noche, más que estrellada, se había metido en tanta agua que lo dejó calado.

A tres kilómetros aguas abajo de Coria del Río está La Puebla del mismo apellido. El andorrero se pensaba que La Niña de la Puebla, esa que cantaba tan bien los campanilleros, pudiera ser de este rodal, aunque también pudiera ser de cualquiera de las cuarenta y nueve Puebas y una Pobleta que se desparraman por el mapa de España, sin contar las ocho Poblas, las tres Pobladuras, otras tres

Poblaciones y una Pueblilla que también encontraría el que las quisiera buscar.

La Puebla del Río es pueblo chico que se pasa de largo y en él nació, pero quién se acuerda, un amiguete del andorrero del que más vale no decir su nombre ni contar su historia no muy edificante y bastante escabrosilla para todos los oídos.

Y nada más pasar La Puebla, cuando se pasa por la corta de los Jerónimos, empiezan las marismas de la isla Mayor.

–La isla para los pájaros -se dice por allí en tomo de desprecio.

–Y sólo para algunos.

Pero don Fernando de Villalón, de quien ya se contó algo, decía cosas más bonitas de las islas que forma el río:

Islas del Guadalquivir,
donde se fueron los moros
que no se quisieron ir.

Las islas del Guadalquivir que se apuntan en los libros de geografía son tres, la Mayor, la Menor y la Mínima. El río y sus brazos que se nombran de San Jerónimo, la Torre, el Ancho, el Salado y el Caño Travieso las forman y las limitan. También hay otra más chica y llena de altísimos eucaliptos de la que se olvidan los geógrafos y que se llama de Tarfía. La isla en cuestión está cerca del lucio Real. Por las andurrias de las islas del Guadalquivir, lucio es lo mismo que encharque, tremedal, pantano o barricero.

–¿Y aquí quién vive?

–¿Aquí? Ni los muertos...

Cuando el río crece sus espaldas, el cielo ensancha las suyas y por su azul inenarrable cruzan dos, tres, cuatro nubecillas, tan bonitas, que a cualquiera se le irían los pavos contemplándolas. Una es tan blanca como una sábana sin estrenar, otra se acarmina de rubores cuando el sol la acaricia, otra se pone del color de las violetas, como las ojerás, después de una noche de amor.

–¿Y esa negra?

–Tírate al suelo y tápate la cara, que esa es una nube de mosquitos rabiosos. Estate quieto que si les guiskas es peor.

Los mosquitos son tan gordos y casi tan largos como los puritos farias . Mosquitos bien alimentados y belicosos que se acaban de dar el hartazgo a costa de alguna punta de ganado de las que por la marisma andan. Unos mosquitos hambrones que clavan el aguijón con ganas y puntería. Vamos, unos mosquitos malnacidos que no hay quien los aguante.

–¡Jo qué bicharrangos!

–Ya te había dicho que las islas para los pájaros...

Al poniente, el paisaje se cierra con el muro terrero que por allí se levantara. Al saliente, la vista no se aclara por dónde puede acabar el mundo. Las islas son tan llanas como el tablero de una mesa y pocas referencias se pueden dar para limitarlas.

–¿Aquella es la torre de Los Palacios?

–Como ser, puede ser hasta la de Utrera.

El tajo que lleva la cuadrilla del andorrero la obliga a moverse lo más cerca posible de la orilla del río, más por la derecha que por la izquierda. La orilla derecha es la más aburrida y la más encharcada. A lo largo de las siete u ocho leguas que se cuentan entre La Puebla del Río y la barra de Sanlúcar no se ven más señales de vida que las que pongan las blanquisucias avutardas, los espulgabueyes de vuelo torpón y las gaviotas despistadas que se metieron tierra adentro. A veces, una punta de toros bravos se acerca a beber al río y, a lo lejos, se ve a los mayores que los guardan presumiendo de hechuras y de caballos. Como los poblados agrícolas que se levantaron en la marisma no pillan cerca del camino que se trae, la gente del arroz se cruza poco con la gente del andorrero. En aquellas húmedas soledades sólo alcan sus escuetas estructuras metálicas que

se cimbrean al viento las torretas de señales para la navegación de la ría. La andadura es de lo peor. Muchas veces se lleva el barro a media pierna, otras veces, hasta la rodilla y, de vez en vez, hay que rodear para evitarse el traspón.

–Tened cuidado, que por aquí hay carrizos en los fondos y, por menos de nada te llevas un pie.

–¿A dónde?

–¡Al hospital, so idiota!

Cuando el terreno se alza una chispilla y se puede caminar a pie enjuto, es la hierba borde la que araña pie y pierna, los pedruscos rompen los dedos, la ropa se queda entre los tarajes. En un altozainillo, un toro de siete hierbas, que se apartó de la manada, mira a la cuadrilla que pasa y alza la cabeza desafiante.

–Apartarse, que ese toro está abochornado.

–Si yo creía que era de anuncio -dice Rodrigo.

–Cuando yo digo que este niño está cada vez más tonto...

–Sobre todo si cambia el aire.

Si el toro abochornado hace ademán de embestir, el andorrero y sus gentes corren y no paran hasta que metidos en el río se encuentran medio a salvas de la cornamenta.

Algunas veces se ven los morlacos muertos, los que pasaron a mejor vida cuando al acercarse a beber a la orilla se quedaron atrapados en la ciénaga, hasta que les ahogó la marea alta. Cuando la peonada y la marinería se encuentran con uno de estos fiambres se hinchan de carne pues la ley del río permite cortar cuanto se quiera de la res, siempre que allí se quede el cuero que demuestre que cuando el animal se troceó, ya no sangraba. El grito con que se avisan los hombres es:

–¡Hoy tenemos pringá!

La cuadrilla del andorrero rodea los corrales en donde se apartan los toros de alguna próxima corrida. Los mayores que están al cuidado dicen que no tengan tanto miedo, que los toros, a campo abierto, no embisten si no se les molesta. La cuadrilla, por si acaso, se aleja todo lo que puede de los toros que lucen su lámina poderosa, acongojante y única. El toro de lidia, ya se sabe, es el animal más hermoso de cuantos el padre Noé encerró en el arca. Si, en el ruedo, un toro impone, en el campo te deja sin saliva. Al andorrero le hace gracia ver el pardal que sin miedo al cuatroño se columpia en la punta de la cuerna, como si tal cosa.

En los lugares cercanos a los cerrados de los toros, el terreno se pone algo más seco; allí se ven algunos chaparros, algunas matas de monte bajo. Durante un buen tranco de andadura no se llevará barro en los pies y esto se agradece.

—No te fies. En terreno seco medra la vibora...

Pero las noches, en el río, son hermosas. A pesar de ser noviembre el tiempo es bueno y gusta, después de cenar, tomar el café en la cubierta, sintiéndose deslizar lentamente sobre el agua donde se refleja una luna grande y amarillenta, viendo brillar, desde muy lejos, las luces de los pueblos marismeños, las linternas de las torretas de enfilación, el parpadeo de las luces de las boyas que marcan la canal. Chapotea el agua en los costados del remolcador y el señor Juan cuenta las historias del río, donde se mezcla la superstición con la picardía, el naufragio y el hecho milagrero. El señor Juan cuenta estas cosas con voz pausada, dando largos rodeos y explicaciones, chupando lento al cigarro y así va llegando el sueño que viene envuelto en la neblia de la baja noche.

Por la orilla izquierda del Guadalquivir, hasta el brazo del Este, que es por donde, pizca más o menos, empiezan las salinas, el terreno es más alto y el suelo más seco, aunque no sea más cómodo. Casi todo el caminejo que anda esa orilla es una maraña de tarajes en la que hay que abrirse paso a hachazo limpio. Los tarajes se lla-

man, también, tarais o tarayes y el andorrero, por que así le suena mejor, los llama tamarindos que es palabra bonita, perfumada, un tanto poética y casi romántica. Pero se nombre como se nombre el arbusto en cuestión es una red pinchosa, un remolino de espinas que llenan la cara y las manos de arañazos. Andrés, el de Chucena, es el que mejor maneja el hachulejo que va abriendo paso. Cuando es Rodrigo el que maneja la herramienta acaba cortándose un dedo que entrapaja con un pañuelo sucio. Paco, el de la Boina, prefiere labor más descansada y el andorrero se conforma con la que le tocó. Entre los tarajes, el paso se hace lento y duro, el cielo no se ve, los mosquitos abundan, las ropas se destrozan y no hay manera de salir de allí. La torre de Lebrija, que a ratos sirve de orientación, aparece y desaparece cuando le da la gana.

—¡Que me he perdido! -grita Rodrigo.

Paco, mientras maldice de su suerte, de los tarajes, de los mosquitos y de su misma vida, alza una banderola roja por encima de la espesura.

—En otro sitio la alzaría yo...

—Calla, Paco, que te van a oír.

—¿Aquí? ¿Quién?

La torre de Lebrija andaré por los setenta y tantos metros de altura y se ve muy bien cuando los tamarindos se aclaran. Lebrija, en su escudo de armas, pinta un pato lo mismo que podía pintar una rana. Paco, el Lebrijano, cantaba el fandango con todo el primor del mundo. Juan Cebollas, su paisano, que floreció en los finales del siglo pasado, picaba a los toros sin soltar la copichuela que se estaba tomando. Los lebrijanos dicen a todo el que les quiera oír que su pueblo fue fundado nada menos que por el dios Baco y, en los finales de la edad media, en Lebrija nació don Elio Antonio de Nebrija, el primer gramático de la lengua castellana, aquel que echándole valor le dijo a la reina doña Isabel:

–Siempre fue la lengua la compañera del imperio.

–Sí, don Antonio -contestaba la otra-. Tiene usted toda la razón, pero déjeme en paz con sus gramatiquerías que ahora estoy muy liada con esto de los moros que no se quieren ir.

Los mínimos poblados de El Chapatal, San Leandro y El Pinzón apenas si se distinguen en la distancia, blancos y achaparrados, bajo un cielo igual, telarañoso de calinas. Más cerca, pegando al río, está la Torre de Tarfía, ruिनosa, abandonada y con pinta moruna. En las encinillas escasas canta el colorín y los novillos bravos ensayan sus cornalones. A cada dos o tres leguas se levantan las casetas de teléfonos de Obras del Puerto. Los telefonistas que hacen penitencia en estas soledades entretienen sus horas haciendo solitarios, embau-lando vino o tallando barquitos de madera. Los que son más apa-ñados y paciencudos hacen los barquitos dentro de las botellas que antes se bebieron.

–¿Y no se dejan la barba?

–Me parece que no lo permite el reglamento. Además, que con dejarte la barba te pueden confundir con un perseguido y te forran a llamaradas.

Cuando el andorrero, por sus pasos, llegó a donde estaban las salinas, entendió más y mejor el Sur. Aquel espejo de blancuras le puso medio lirico, emocionadete y casi declamatorio. Paco, el de la Boina, que siempre estaba al quite para poner las cosas en su lugar, le decía con su sonrisilla de medio cachondeo:

–Ya veremos lo que dices cuando el levante se empine y las chispas de la sal te dejen el cuerpo en carne viva...

DONDE SE PONE PUNTO FINAL A ESTA ANDADURA

Esta noche vamos a pájaros -dijo Tobalo, el marinero.

Por lo bajo del río, por donde se juntan las provincias de Sevilla, Huelva y Cádiz, el Guadalquivir, aquel que se recreó en sus infantiles paisajes de pinos y olivares y más tarde anduvo entre huertas y toronjiles, va entre un puro barrizal. Desde la amura de "El Giralda", tanto a babor como a estribor, sólo se ven tremedales, pantanos y marisma, tierra encharcada, soledades, gaviotas desnortadas y brazos de agua de vario nombre, Monteagudo, Cabrerizos, Vallancas y los Henares, a mano diestra; a contramano, los de Tierra Baja, Batelengua y el Membrillo. También se ven las salinas, casi todas con nombres de santoral.

Entre el caño de Brenes y el codo de la Esparraguera, el río se pone hombrón, sobrepasa los mil metros de anchura y los veintimuchos de profundidad. Las escasas edificaciones que por allí colean -el cuartel del Puntal y el cortijillo del Caño- tienen pintas de estupor ante tantísimas aguas juntas. Los lucios de Juncabalejos, los Ansares y el Real filtran sus aguas hasta el Guadalquivir; el caño de Brenes trae las que manaron cerca de El Rocío; el arroyo de Guadiamar y los caños de la Figuerola, las Nuevas y San Carlos hacen al río más grande. Por agua no va a quedar, agua hay toda la que se pida. Al saliente, pero lejos, se ve la Torre de Trebujena. Hacia el norte, y más lejos todavía, se ven los Palacios de Doñana.

-Esta noche vamos a pájaros -repitió Tobalo.

Embarcaderos de tablas carcomidas, a punto del derrumbe, entran sus espigones de barro y palo en la corriente del Guadalquivir. Son los muelles de la Plancha, de Carlitos y de Santa Teresa; también hay otros sin nombre ni razón. Desde estos muelles se embarca la sal, montones de sal, que otra cosa, por aquí, no hay.

A finales de noviembre, el río se pone de mal talante aunque lo disimule ese azul que rezuma del cielo y la tibieza del sol que, a ratos, alegra las carnes. En este mundo muerto de las marismas, solamente el sol alegra los aburrimientos, las monotonías del paisaje. No hay señales de vida como no sean las que el andorrero y su cuadrilla, ponen con sus trabajos, cada vez más cansadores y desabridos. Pero para aquellos que por aquí se mueven, la vida se muestra al oscurecer, cuando ya se dió de mano, cuando por los extraños caminos marismeños pasan hombres oscuros que se recatan cuanto pueden. Son los contrabandistas de poco pelo, los que aguardan el saquete de tabaco que les tirarán desde la borda de cualquier barco o los paquetillos de café que alguien les entregará en algún punto convenido, entre los rumbos de la noche, a socaire de cualquier vigilancia.

En el bote que se arrimó a la orilla para recoger al andorrero y su gente, Tobalo y Paco, a las chita callando, se ponen de acuerdo.

-Esta noche vamos a pájaros.

-Tú ten el bote listo.

Y el andorrero, que no se aclara de lo que Paco y Tobalo se traen entre uñas, pregunta:

-¿Qué pájaros son esos?

Tobalo, el marinero, que es menos dado a los secretos que Paco, el de la Boina, le explicó al andorrero que esta noche, si el río se queda calmo y el patrón se va a la cama pronto, irán a cazar pájaros con

farol. El andorrero dice que él no está para esas aventuras.

–Vente y no enredes -insistió Paco-. Si tú te vienes, el patrón no dirá nada.

–Anda que lo que a tí te importa lo que diga el patrón...

Como noviembre andaba por las vísperas de San Andrés y las noches en el río refrescaban bastante, el andorrero hubiera preferido quedarse en la camareta del remolcador ordenando sus papeles, apuntaciones y rayajos, leyendo cualquier cosa o pensando en las musarañas, mejor que meterse en los berenjenales de cazar aves con lumbre, pero por no hacer un mal tercio a su gente y por probar algo que no conoce, acepta la invitación y, después de cenar, cuando el señor Juan acaba el pito y busca el catre, embarcó sigiloso en el bote donde le esperaban y despaciosos y en silencio se fueron hasta la orilla que negreaba en la oscuridad.

Daba gusto andar a aquellas horas por el río. El agua calma y tinta, las estrellas en lo alto, el aroma succulento de los eucaliptos que llegaba desde tierra, el son de los remos al chapotear y el gusto del tabaco daban su sosiego al ánimo y le iban adormeciendo. El viento, en contra de las profecías del patrón y de las predicciones barométricas, apenas sí se movía, sólo lo poco que se necesita para que el agua encaracole su superficie, rompa los mil reflejos de las estrellas y pueda arrancar una tenue música de los tamarindos de la orilla. Un poco antes de llegar a donde iban, Paco tomó el mando y advirtió a los expedicionarios:

–Y ahora, más callados que muertos. Tú agarras el saco y yo llevaré el farol. Que Rodrigo coja la estaca y, ya sabéis, al primero que diga una palabra se la corto.

A pies secos, que la marea estaba alta, desembarcaron los cazadores; se deslizan con toda su precaución, tanteando el terreno, los troncos de los árboles. El farol, con la mecha baja, apenas si dejaba ver por donde ponían los pies.

Tobalo, que se quedó en el bote, encendió el cigarrillo de la espera. Se oía el cantar del último grillo, el regañón croar de una rana. El resto era un silencio de iglesia vacía.

–Aguas arriba vi esta mañana el nidial.

La noche prieta hacía mayor el mundo y, entre tanta cegazón, el andorrero iba pensando en la comodidad de su camarote, en que más le valía haberse quedado a bordo, aunque se aburriera una miaja, que los pájaros bien podían irse a tomar viento que es lo suyo, que como se desorientasen más de lo que ya estaban irían de cabeza al agua, que la noche no estaba para aquellas bromas, que aquel asunto no tenía trazas de acabar bien y que, como postre, a lo peor se encontraban con la bronca del señor Juan.

Rodrigo, que debía de estar rabiando por cobrar la primera pieza, creyó ver algo que blanqueaba lo oscuro y, sin pensarlo, alzó la estaca y la dejó caer sobre lo que tenía por delante. Un bulto se alzó mugiendo y los cazadores adivinaron, más que vieron, que ver no se veía nada, la impresionante silueta de un toro descomunal. Sin resuello y con el corazón en las quijadas, los cazadores viraron y, entre tropezones y caídas, despistes y equivocaciones, corrieron desalados hasta llegar a la orilla del río y desde allí, a nado, abordaron el bote donde Tobalo les esperaba.

–¡Jo! -jadeaba Paco-No corría así desde que entraron los moros...

–Pues anda que yo...

El río, a estas bajuras de su curso, ya es un mar. Un mar con sus tormentas y sus naufragios. Traidoras se pusieron sus márgenes y menudeaban los remojones que ya no se soportaban tan bien como unas semanas atrás. El otro día, la resaca de un mercante norteamericano hizo zozobrar el bote y, a malas penas, se pudo llegar a tierra. La otra mañana, un chaparrón inesperado emborronó toda la labor. La otra tarde, vientos y mareas encontrados, estuvo a punto de irse a pique un barquichuelo de pescadores que “El Giralda” tuvo que

remolcar. Dos días antes, la corriente se llevó uno de los muelles de la sal, minutos después que la cuadrilla lo abandonara. Los barómetros bajaban y las nubes se establecían.

Y por fin se desató la borrasca que el señor Juan estaba remusgando. El viento, loco perdido, correteó sobre la marisma, arrancó matojos, torció chaparros y espantó a los mayores. En el remolcador derribó la chimenea, rasgó la toldilla y, aproando, hizo sufrir a las máquinas más de lo que podían soportar. Un cortinón de lluvia difuminó el paisaje y golpeó la cubierta de “El Giralda” con tanta furia y tanta agua que los imbornales no daban abasto. Tobalo y Joeselito achicaban el agua del sollado de proa. El patrón maldecía en la timonera. El andorrero y su gente se refugiaron en la cámara y, sin ganas, se pusieron a jugar al tute. Estas fechas no son buenas para darse al río. El remolcador está necesitando que lo metan en dique seco para que le den un buen carenado, aunque, como un valiente, continúe haciendo lo que debe y cuantas chapuzas le caigan, buscar y amarrar la boya que se soltó, pasar la barra a los correos de las Canarias, remolcar al carbonero que se escachifolló, llevar algunas herramientas a los telefonistas de la ría, ayudar a los mariscadores. El señor Juan estaba más taciturno que nunca.

–No llegamos a la Purísima...

Si el río está picado, la mar está peor. La otra tarde, en aguas de Chipiona, ya en las aguas de la mar oceánica, el remolcador se metió en plena marejada. El bote que, con el andorrero y su gente, se acercó al faro para tomar una señal de permanencia, brincaba sobre las olas como un caballo loco. Tobalo llevaba la comida en los dientes, Rodrigo se mareó, Andrés perdió el sombrero y al andorrero se le empaparon todos sus papeles. Sólo Paco escapó sin penas de la travesía. El andorrero, con la cabeza ida y la cara color bayeta, maldecía del Ara Juniona, de Pomponio Mela y se encomendaba a la Virgen de la Regla.

–Con razón le llaman a esto la punta del Perro...

En la costa huelvana se ven las torres del Carbonero, de la Higuera, del Inglesito y del Zalabar. Muchas torres son estas, aunque sean torres chicas que se alzaron, para cualquier día derrumbarse, sobre las ruinas de aquellas torres vigías de cuando los normandos desembarcaron y depredaron estas playas.

–Pues no sé qué diablos se podrían llevar de estos arenales...

–A las chavalas que rondaban por aquí.

–Por aquí sólo han rondado las avutardas.

El señor Juan se pasaba la mano por la barba, le chupaba al cigarro y volvía a sus augurios:

–Ya no está el río para andar en él.

Félix, el cocinero dice que se ha quedado sin aceite y que va a aprovechar la clara para acercarse a Trebujena a comprarlo.

–¿Por qué no lo compra en Sanlúcar que está a un paso?

–Tú déjale, que ya sabe él lo que se hace.

El cocinero se fué a Trebujena en la bicicleta que le prestó el sobrestante del puerto de Bonanza. Fueron treinta kilómetros los que se tuvo que pedalear para ir y otros tantos para volver. Entre unos y otros lo van a dejar arregado. Lo que trapicheara o engaliase le va a costar los suyo y sus sudores.

Trebujena es pueblo presentable, de buenas vistas, blanco de sales y sures y con una industria alcoholera chiquita, pero próspera. Aunque Trebujena es pueblo de tierra adentro, sus hombres se dan al mar, a la pesca del barbo o a lo que salga.

–¿Y de la merluza?

–Depende del sentido que se le de a la palabra.

Lo que Félix se traía entre manos o, mejor, en el transportín de la bicicleta del sobrestante, según se supo luego, era un fardel terciadi-

llo y lleno de tabaco de Gibraltar que luego venderá en el puerto de Sevilla. Félix, como disculpándose, venía a decir:

—Y no es que me gane tanto, pero un duro de aquí y una peseta de allá, voy saliendo adelante, que la parienta y los chiquillos comen más que una pupa viva.

Ya no es tiempo de andar por el río. Todavía, las lluvias no se afirmaron, pero las nieblas te hacen perder casi media mañana; trabajar a la corta luz de los días que menguan a todo menguar no compensa lo bastante, sino que endurece el trabajo, ya duro de por sí. Los cuerpos no andan a gusto y las noches, en la cámara de “El Giralda”, se hacen eternas ya que no quedan ganas de dejarse los ojos en lo que uno tenga que leer o escribir a la luz apesetosa del carburo porque el grupo electrógeno del barco está estropeado y el foco de petróleo se rompió.

El andorrero, que no se conocía los rabotazos que el tiempo puede dar por estos derroteros, pensaba que, mientras el cuerpo aguantara, seguiría haciendo lo que le habían mandado. La verdad es que ya se sentía un tanto cansino y, a ratos, se cariaconteciese pensando en lo poco que le cundía la labor. La cuadrilla aguantaba caminatas y chaparrones porque el jornal es el jornal y cuanto más dure, mejor. El patrón y la marinería, que se saben de memoria cómo las gasta el Guadalquivir por estas aguas y estas fechas, no dejarán de mirar al cielo, al nuberío y a las claras que se le ponen al cielo, y consultan memorias y barómetros haciéndose augures de temporales. El señor Juan, entre dientes, refunfuña:

—Ya no está el río para esto...

Y, siempre que podía, amarraba en el puertecillo de Bonanza.

—Aquí, por lo menos, tenemos un buen amarre.

El puertecito de Bonanza, al cuarto de hora y a buen paso, aguas arriba y en la misma orilla que Sanlúcar de Barrameda, es pobladura chica y de esperanzado nombre, artificial paisaje en estos barro

y escaso de mujerío. Podrá llegar a la docena, de casas más los siete u ocho chalecitos de recreo que se esconden entre verjas y matas de celindas. Otras edificaciones son el faro, el apeadero del ferrocarril, la casa de las Obras del Puerto y el seminario menor lleno de alevines de cura.

Antiguamente, a Bonanza le llamaron Zanfanejos y en su muelle se refugiaban barcos de todas las banderas, sobre todo bretones, que llegaban maltrechos y desarbolados después de pasar la barra, ese bajío de aluvi3n que el Guadalquivir, a fuerza de siglos y de arrastres, fu3 dejando en su desembocadura, para duelos y trabajos de los que por all3 navegan. Cuentan las cr3nicas que all3, por el siglo XIV, el cortejo f3nebre que llevaba los despojos de Guzm3n el Bueno, para darles tierra en Tarifa, parti3 de Bonanza en plena noche, a la luz vacilante de las antorchas despeluznadas por el viento que se reflejaban en las grupas de los caballos relucientes bajo la lluvia que les ca3a. Lobas negras vest3an los jinetes, y sus cabalgaduras, engualdrapadas de negro y de morado, en se3al de duelo, llevaban las colas esquiladas como mandaban los ceremoniales del llanto. A3ade el cronista que el escudero Mart3n de Salda3a se cay3 al agua, en un trasp3s, y que del resfr3o que enganch3 anduvo medio lelo el resto de sus d3as.

Ahora, Bonanza no tiene esa ret3rica 3ulica de los cronicones de anta3o, ni hay cronistas que del pueblecillo se ocupen, pero tiene un puertecillo de hormig3n y gr3a en el que atracan los barcos de poco tonelaje. Tamb3en tiene, y as3 conviene decirlo, una tabernita amable y de poco tr3j3n donde el vino de Bollullos est3 muy bueno. En la susodicha taberna recala Jim Gin, un escoc3s pelirrojo y larguiruto que andar3 rondando la cincuentena, trasiega ginebra como el que m3s, fuma en cachimba, gasta boina y anduvo navegando, armado en corso, durante la guerra del catorce. Cuando Jim Gin estaba de buenas, que era casi siempre, contaba largu3simas historias de p3lvora y mar en ese extra3o andaluz con acento escoc3s que medio chamullaba. El andorrero, siempre que pod3a, se dejaba caer por esa

tabernita y escuchaba las historias de Jim Gin, mientras se tomaba media botellita de amontillado con un par de raciones de quisquillas.

-Tres veces he naufragado -decía el pelirrojo-, cuatro veces me hirieron en combate y ocho en peleas por mi cuenta. Dos veces estuve en la cárcel y diez o doce en el hospital. Navegué los siete mares, me enrolé en tres barcos y me casé con cinco mujeres, cada una a su tiempo porque a todas juntas no hay quien las aguante. En el año cuarenta y dos deserté de la armada de su majestad y, desde entonces, estoy por aquí, viviendo de lo que salta.

El promedio alcohólico de Jim Gin está en poco más de tres botellas diarias, siempre de ginebra de garrafón. No bebe otra cosa, pero como es tan alto, el alpiste no se le sube nunca a la cabeza ni pierde la buena educación.

Cuando el andorrero, por sus quehaceres, se tuvo que llegar a Sanlúcar de Barrameda, lo hizo a pata, ida y vuelta, pues aquella mañana el río estaba para pocas bromas. Hizo en Sanlúcar lo que tenía que hacer y se tomó los dos güisquis a que le invitó el comandante de marina. Los güisquis lo pusieron a parir y Paco, el de la Boina, le decía:

-¿Quién te manda alternar con señoritos?

A pesar de lo bebido, el andorrero se enteró de que Sanlúcar de Barrameda es pueblo grande y fundado, probablemente, por Gerión, por Argantonio o cualquier otro de aquellos reyes de Tartesos, el de los barcos de cedro con áncoras de plata. Su nombre, muy estropeado por el tiempo, puede venir de Solus Locus -lugar del sol- o puede que de Luz Dudosa, Lucero de la Tarde o vaya usted a saber, pues en estas cosas, los etimologistas, que nunca aciertan, jamás se han puesto de acuerdo.

En el ventorrillo de Carmona, conforme se sale de Bonanza hacia el norte, el andorrero se topó con un profesor de lenguas vivas

que estaba de vacaciones y al que tuvo que pararle los pies cuando el tío tonto, que tragaba fino sin modales y sin talento, se lió a decir chorradas de gramática estructural y otras palabrotas como sintagma, semiótica y paradigma y, la buena verdad, es que no sabía conjugar el futuro imperfecto de subjuntivo, cosa que, por otra parte, tampoco es tan fácil.

–Ya no está el río para entretenerse mucho -volvía a decir el señor Juan.

Pero el andorrero tuvo que volver a Sanlúcar otro par de veces, moviéndose un poco por su playa y sus castillos, el de El Salvador y el del Espíritu Santo, oteó el coto de Doñana y su faro de Matador. Según el testimonio de don Miguel de Cervantes, quien sabía mucho de estas cosas, la playa de Sanlúcar fué lugar tan poco recomendable como lo fuera el Azoguejo segoviano o el Potro cordobés. Pero cuando el andorrero se pateó la playa, ya no era así, sino un lugar corrientucho con casetas de baño y toldos para los bañistas. En el pueblo propiamente dicho, el andorrero no entró porque allí no tenía nada que hacer y, para tomarse un vino con pescaditos a la plancha, había bastante con aquel chiringuito que había en el muelle.

–Ya está el río dando sus coletadas -repetía el señor Juan.

Pepa, la de Sanlúcar, según se dice en un tanguillo que todo el mundo conoce y canta, fué hembra dada al bebercio que casó con un sereno de Cádiz el cual se pirraba también por la bebida. Dicen que la Pepa se bebía hasta el aguarrás que utilizaba Ramoncito Pinto, el pintor a quien servía de modelo porque, eso si, la Pepa, en pelota viva, estaba como un tren.

–Digo que el río...

A la playa de Sanlúcar llegó, jarguío y hecho una pena, don Juan Sebastián Elcano, después de dar la vuelta al mundo en la nave Victoria. Y, chispa más o menos como el don Juan Sebastián, también llegó al mismo sitio Frasquito Andurriales cuando le pasó por ojo

una lancha guardacostas la vez que venía de Tánger con un alijo de tabaco rubio. Los historiadores locales, que no saben qué hacer ni qué decir para dar importancia a los lugares de que se ocupan, han tenido la ocurrencia de ir contando por ahí que si Sanlúcar de Barrameda fué fundada por Menesteo, héroe griego o troyano del que Homero decía que sabía disponer, para la batalla, tanto a los que montaban los veloces carros como a los que peleaban con lanza y a pie. Otros dicen que Menesteo fué algo pitoniso y que se le daba muy bien eso del horóscopo y lo de echar las cartas.

–Le estoy diciendo que el río...

Tanto se entretuvo el andorrero, y no sólo por el gusto de darle a la lengua, pues bien sabe él lo que tuvo que trajinar aquellos últimos días de su labor, que la tarde que por fin salieron rumbo a Sevilla, tuvieron que volverse antes de llegar a la isla de Tarfía por culpa del tormentón que les enganchó de popa y de poco los estampa contra los eucaliptos.

–!Cómo corremos, cómo corremos! -berreaba el Rodrigo.

Y el patrón, con un cabreo que no se podía aguantar pues estaba viendo que se quedaba sin barco, mandó a la marinería que encerrarán al Rodrigo en el sollado.

–¡Y no me lo soltéis hasta que lleguemos a casa!

El andorrero, que años más tarde sufrió una galerna en el mar del Norte y una mar gruesa en el golfo de León, aparte de las ocho o diez tormentas que padeció en el pirineo de Huesca y en otras serranías, puede jurar que tormentaza como la de aquella tarde nunca la vio. “El Giralda” embarcaba agua tan pronto por la proa como por la popa, el barco crujía como a punto de descacacharse y el señor Juan, agarrado al timón, juraba como un poseso. Los demás no decían nada, pero en la cara se les veía lo que estaban pensando.

Al otro día, con el río en calma y el solcillo de diciembre besando la cubierta, el remolcador fué tan a gusto. La brisa apenas

rodaba, la marinería y el pasaje habían entrado en caja y daba gloria echar un cigarro barrantando las vacaciones de navidad. Sevilla, en navidades, huele a azahar desatado y a ese olorcillo tan dulce que tienen las botellas del anís escarchado.

Cuando el remolcador echó el ancla en el puerto sevillano, el andorrero se fue derecho al banco, para cobrar, y luego a su pensión, para afeitarse y cambiarse de ropa. Antes de subir a lavotearse una miaja, había encargado a los de su cuadrilla:

–Esperáos un poco que nos vamos a convidar.

En la convidada, allá, por la alameda de Hércules y en el ya mentado bar de las Siete Puertas, que es lugar grato y bien abastecido y, a aquellas horas, poco transitado, el andorrero, como cobraba por dietas y gastos aparte, no es que echara la casa por la ventana, aunque sí fue lo bastante generoso como para que, a los finales de la bebelona, todos estuvieran a medios pelos y dispuestos a pasar a mayores. También compró y repartió entre los suyos un décimo de la lotería del Gordo, pero no les tocó ni chapa.

–Trabajo y economía son la mejor lotería -dijeron para conformarse.

A eso de las diez de la noche, cuando salieron a la calle, Andrés, el de Chucena, se lió a cantar por campanilleros con unas letras que aquí no se copian por no atentar contra el pudor; Paco, el de la Boina, casi le tienta la cara a un guardia municipal que le llamó la atención, y el andorrero, encaramado en una farola, se puso a recitar a grito vivo el romance de la casada infiel. Rodrigo, el Bizcotelas, no hizo ni dijo nada. A Rodrigo, el Bizcotelas, a los tercios de la cuchipanda, se lo habían dejado en la trastienda del bar, medio adormiscado y pelándose una toña de tres pares de narices.

DONDE SE REMATA ESTA ANDADURA

El andorrero, vestido de limpio y con el nudo de la corbata bien hecho, deja sobre el asiento "La Codorniz" cuya lectura le venía entreteniéndolo el viaje, apoya la cabeza en el espaldar, sobre ese pañizuelo donde se bordan a punto de cruz las iniciales ferroviarias, enciende un cigarrillo y suelta la bocanada de humo sin miedo a molestar a nadie; el departamento está, vacío, que esta noche es Noche Buena y son pocos los que, en esta fecha, se ponen de viaje. No irán en el tren arriba de una docena de personas, dejando aparte al maquinista, el fogonero, el revisor, los policías que piden los documentos y la pareja de la guardia civil.

Esta noche es Noche Buena, pero en el tren no se nota. Los pocos viajeros que se salpican en los vagones buscan más la cómoda soledad que la tumultuosa compañía y si alguno se canturrea un villancico por lo bajo lo hace sin muchas ganas de juerga. El andorrero, a solas, ve cómo el humo del tabaco se enrosca y se deslía hasta escaparse por las rendijas de las puertas o de la ventanilla mal ajustada, por la que se mira el paisaje invernal que rodea Lora del Río, patria del bandolero Curro Jiménez, de la cantante Rocío de Lora y de ese castillo que se hunde entre la lluvia que no dejará de caer durante todo el viaje. El castillo de Lora, desde el tren, no se ve tan a las claras como el castillo de Almodóvar del Río que se repasa cuarenta kilómetros más adelante. En la serrezuela de Lora del Río, entre aulagas, cambrones y olores de anís, está la ermita de la Virgen

de Setefilla, advocación tan mal pronunciada y tan peor escrita que más de un calentamiento de cabeza proporciona hasta que se dilucida o se supone que esta virgen es, en realidad, la patrona de las Siete Villas y de sus alrededores.

El arroyo del Retortillo, dejándose las aguas en el embalse de su nombre, llega al Guadalquivir casi frente por frente de donde desemboca el Genil, el río de las torrecillas muertas sobre los algibes granadinos. Aguas arriba, desemboca el Guadiato que, desde el puerto del Aire y el cerro Muriano, atraviesa la sierra de las Tonadas.

Buen vino es el de esta tierra, el famoso amontillado al que Montilla da nombre, el embocado de Moriles y el más ligero de La Palma del Río. Córdoba viñatera, viejos olivos y veloces caballos. El andorrero se quedaría, de buena gana, en Córdoba aunque sólo fuera por recitar a gusto los versos de don Luis de Góngora y para acercarse -total, un par de leguas- a la deshecha melancolía de Medina-Azahara, la ciudad imposible del rey Almotamid. Pero no lo podrá hacer que el tren es eso lo que tiene, que para donde le da la gana y siempre por poco tiempo.

Medio día se hace en los linderos de la provincia de Jaén, allá, por Alcaudete; media tarde se hará. en Venta de Cárdenas, donde se dice adiós a Andalucía. Entre punta y punta están las estaciones de Espeluy, Baeza y Vilches que saben tanto del andorrero y el andorrero sabe mucho de ellas, de sus madrugones, sus cantinas y sus gentes.

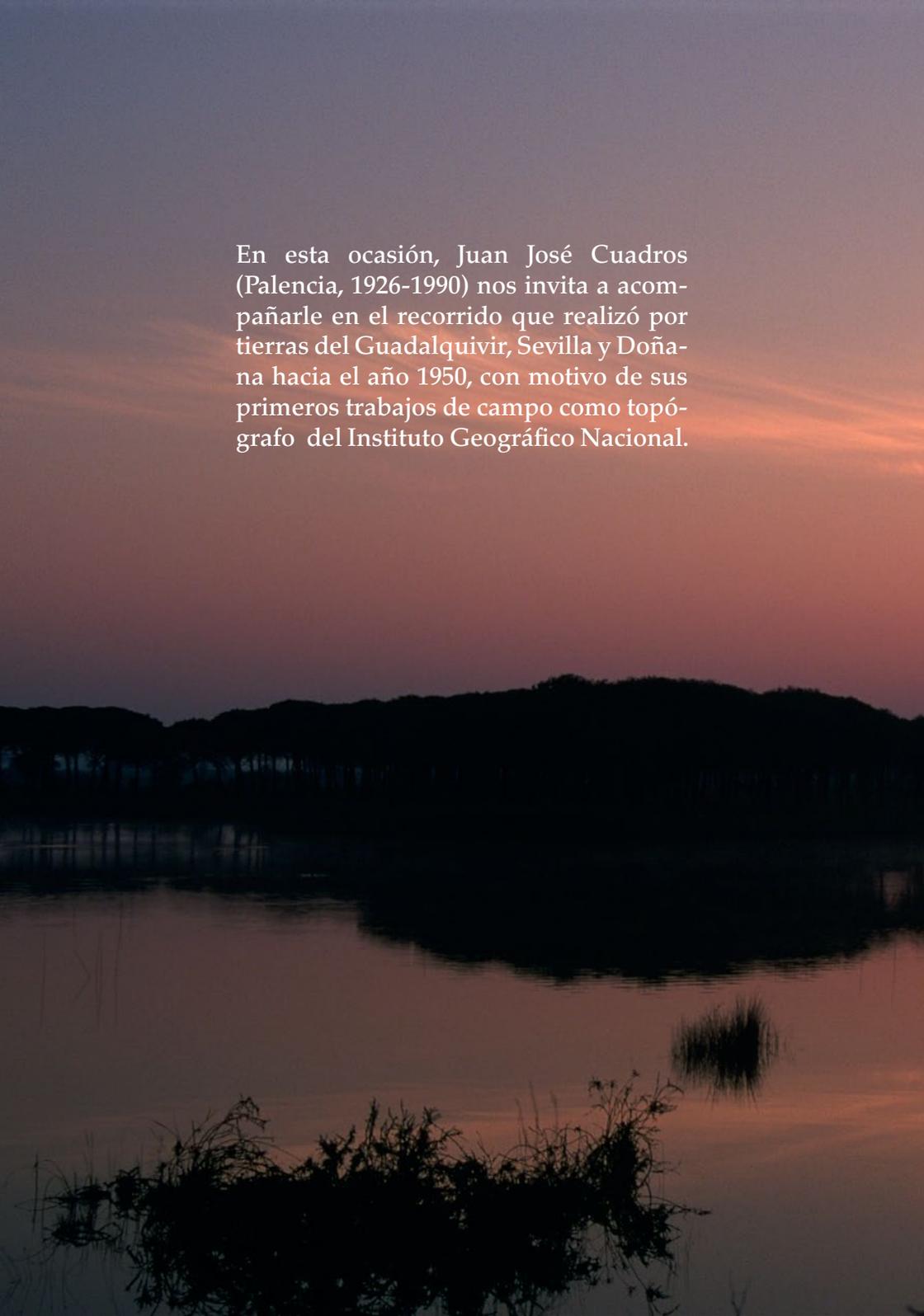
Y cuando el sol se ponga en La Mancha, la de los vientos giratorios y las lunas de metal, y el tren encienda sus luces, sólo quedarán, al otro lado del cristal, los bultos de los pueblos lejanos y de hermosísimos nombres: Almuradiel, Valdepeñas, Consolación, Manzanares...

-No, mire usted. El Despeñaperros no lo quiero mentar. Que a mí es que hay nombres que me meten miedo...

Noche se hará en Alcázar de San Juan, el de las ilustres tortas dormidas que se pregonan en el andén de la estación, a estas horas vacías, que esta noche es Noche Buena y, quien más quien menos, todo el mundo se habrá arrecogido junto al fuego del hogar.

Y ya será noche negra al pasar por Aranjuez con su rumor de bosque inesperado y sus luces duplicadas en el agua de sus ríos.

Y un poquito antes de la Misa del Gallo, si es que no se lleva mucho retraso, se desembarcará en la estación de Atocha, después de catorce horas de viaje y, aunque esta noche es Noche Buena, el andorrero, molido y quebrantado, se meterá en la cama para dormir y seguir soñando con Sevilla...



En esta ocasión, Juan José Cuadros (Palencia, 1926-1990) nos invita a acompañarle en el recorrido que realizó por tierras del Guadalquivir, Sevilla y Doñana hacia el año 1950, con motivo de sus primeros trabajos de campo como topógrafo del Instituto Geográfico Nacional.